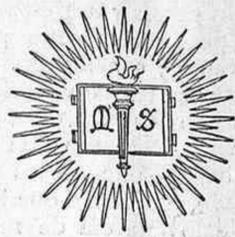


# La Ilustración Artística



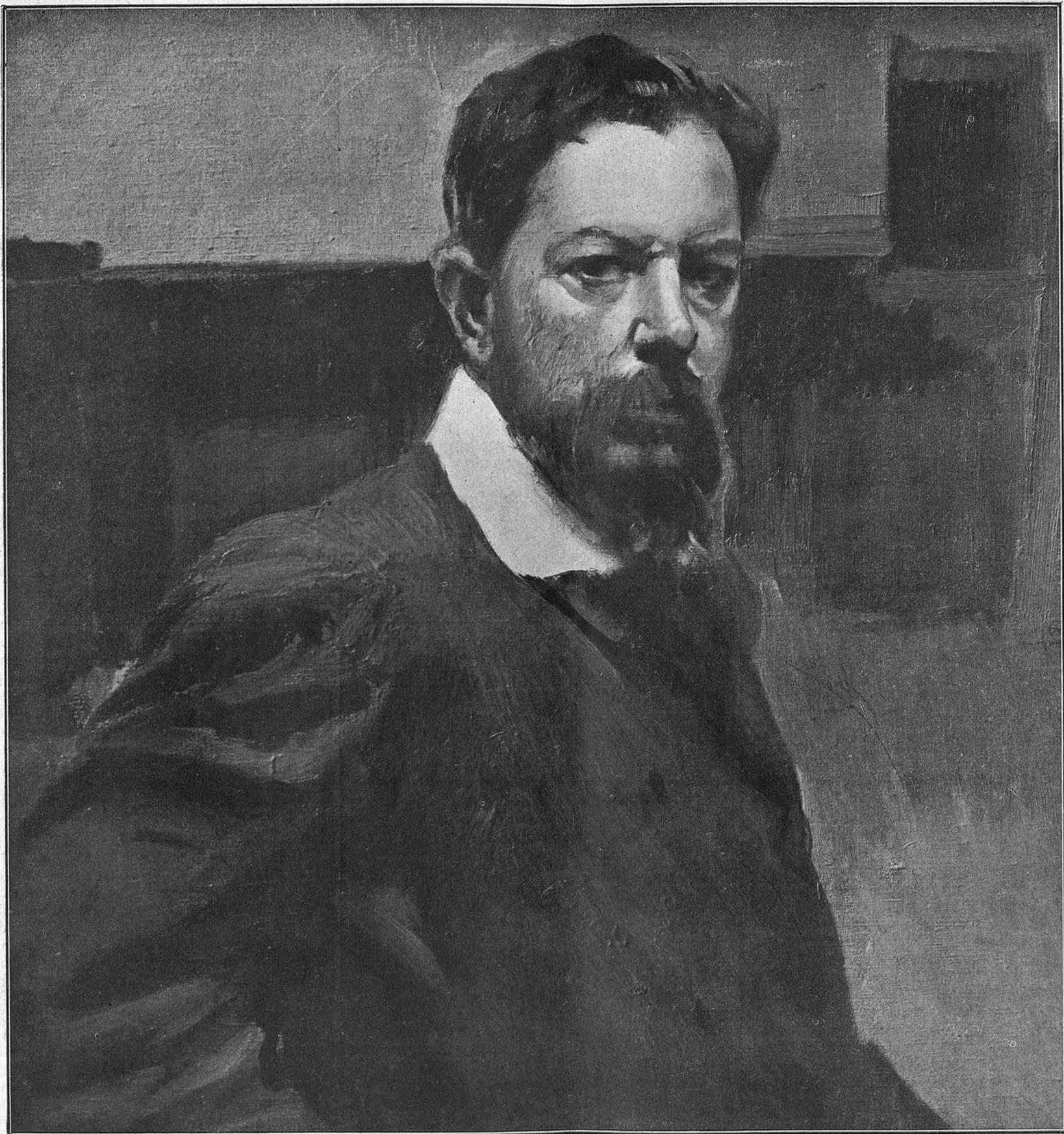
Artística

AÑO XXV

BARCELONA 6 DE AGOSTO DE 1906

NÚM. 1.284

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



RETRATO DE JOAQUÍN SOROLLA, PINTADO POR ÉL MISMO

## SUMARIO

**Texto.**— *Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. — *Los maestros en la intimidad*. Joaquín Sorolla, por Manuel Carretero. — *La esponja*, por J. Sánchez Gerona. — *Concurso de natación*. — *Carrera velocipédica de la «Vuelta alrededor de Francia»*. — *Teatro al aire libre en la Casa-retiro para actores de Pont-aux-Dames*. — *El aeroplano Santos-Dumont*. — *Una lápida conmemorativa*. — *Un cuadro de Reynolds*. — *Veraneo de S. M. el rey D. Alfonso XIII y la reina D.ª Victoria*. — *Monumento á Rembrandt en Leyden*. — *Problema de ajedrez*. — *En la paz de los campos*, novela ilustrada (continuación). — *Tapices de Kairuán (Túnez)*, con tres grabados, por G. Chertous. — *Una estación biológica dinamarguesa en Groelandia*, por Will Darvillé. — *Un garabón notable*.

**Grabados.**— *Retratos de Joaquín Sorolla, de su esposa y de la nieta de los marqueses de Vistabella*, pintados por Joaquín Sorolla. — *El eminente pintor Sorolla en su estudio* (de fotografía). — *París. Concurso de natación en el Sena, organizado por el periódico «Les Sports» nadadores premiados*. — *París. Los velocipedistas Pottier y Passerieu dando la última vuelta á la pista al terminar la carrera de la «Vuelta alrededor de Francia»*. — *Teatro al aire libre de la Casa-retiro para actores de Pont-aux-Dames*. — *París. El aeroplano de Santos-Dumont*. — *Retrato de la Sra. de Beruete. Retrato del Sr. Beruete. Triste herencia*, cuadros de Sorolla. — *Un rincón del taller de Sorolla*. — *San Sebastián. S. M. el rey D. Alfonso XIII y la reina Victoria embarcándose en el yate «Giralda» para dirigirse á Santander*. — *Lápida conmemorativa costeada por los católicos ingleses en acción de gracias por haber salido ileso del atentado del día de su boda S. M. la reina de España*. — *Lady Cockburn y sus hijos*, cuadro de Reynolds. — *Monumento erigido en Leyden á Rembrandt*. — Tres grabados que ilustran el artículo *Tapices de Kairuán*. — *Barcelona. Ejemplar notable de garabón*. — *Munich. Fiestas del 15.º concurso de tiro federal alemán: la cabalgata histórica*.

## REVISTA HISPANO-AMERICANA

América Central: incumplimiento de los pactos internacionales: guerra entre *Guatemala y El Salvador*. — Participación de Europa en el comercio salvadoreño. — *Venezuela*: el presidente Castro otra vez al frente del gobierno: abstención de esta República en la Conferencia internacional de Río de Janeiro. — El ferrocarril ibero-afro-americano: llamamiento á los pueblos hispano-americanos para que intervengan en las cuestiones de Marruecos. — La campaña contra los yanquis en la prensa hispano-americana.

Hace próximamente dos años, el septiembre y octubre de 1904, dábase cuenta en estas Revistas de importantes acuerdos tomados por los gobiernos de las Repúblicas de Centro-América para fortalecer los vínculos de fraternidad entre ellas.

Se había aprobado en todas sus partes el tratado convenido en la ciudad de San Salvador en noviembre de 1903 por plenipotenciarios de Guatemala, Nicaragua, El Salvador y Honduras. Los cuatro gobiernos aceptaban como norma de conducta el principio de *no intervención* de ninguno de ellos en los asuntos de los otros; confirmaron como obligatorio para todos el arbitraje para dirimir contiendas entre las Repúblicas signatarias, y se comprometieron á solicitar la mediación amistosa de naciones neutrales para el inmediato restablecimiento de la paz si hubiera peligro de guerra entre ellas.

Después, en agosto de 1904, los presidentes de El Salvador, Honduras y Nicaragua y un delegado especial del presidente de Guatemala, reunidos en el puerto de Corinto, hicieron y subscribieron solemnes declaraciones de que la paz era el primordial objetivo de los cuatro gobiernos, que tenían el firme propósito de vencer cuantos obstáculos se opusieran á aquella, que el cumplimiento estricto de los pactos internacionales había de ser la regla á que ajustaran sus actos, y que cualquier obra disociadora, empeño subversivo ó sugestión que propendiese á romper su leal amistad, no encontraría apoyo en ellos.

Dos años apenas han transcurrido, y ya las obras disociadoras, empeños subversivos y malas sugestiones encuentran apoyo en unos ú otros, se procede contra lo convenido en los pactos internacionales, no se pone resuelto empeño en vencer los obstáculos que puedan contrariar el mantenimiento de la paz, se acude á las armas sin cuidarse de solicitar mediación amistosa ni arbitraje de nadie, y más ó menos directamente, por acción ó por omisión, unas Repúblicas *intervienen* en los asuntos de las otras.

En resumen, de los hechos ocurridos en el pasado mes de julio se deduce que alguna ó algunas de las Repúblicas centro-americanas que tomaron los acuerdos é hicieron las declaraciones antes extractadas, han faltado á sus compromisos.

Fracasó la revolución contra el actual presidente de Guatemala, á la que nos referimos en la Revista anterior, é inmediatamente surgió guerra entre aquella República y la de El Salvador. Fuerzas de Guatemala habían invadido el territorio de esta última, y también penetraron ó intentaron penetrar en el de Honduras; pero el general Bonilla había colocado las suyas oportunamente en la frontera, y se frustró el plan de Estrada Cabrera.

¿Qué había sucedido? Lo de siempre. Que los revolucionarios guatemaltecos prepararon sus expedi-

ciones en los países fronterizos, y que Guatemala inculpaba, con razón ó sin ella, á los gobiernos de El Salvador y Honduras, si no de connivencia, por lo menos de incuria en el cumplimiento de sus deberes respecto de una nación amiga.

Pero después de los tratados, pactos y conferencias de 1903 y 1904 no debió hacerse *lo de siempre*, sino lo resuelto en esos pactos y tratados, lo declarado en las conferencias, pues precisamente para evitar *lo de siempre* se celebraron y convinieron.

La guerra entre Guatemala y El Salvador ha sido breve, guerra de unos cuantos días; pero de resultados bien deplorables. Por una y otra parte hubo muchas y sensibles bajas; en uno de los combates murió el general Regalado, presidente que había sido de El Salvador y candidato que era de nuevo á la presidencia.

Se apresuró á ofrecer sus buenos oficios el ilustre presidente de los Estados Unidos mexicanos, secundado por el gobierno de Washington, y aceptada la mediación amistosa de ambos, la paz ha quedado restablecida.

\* \*

Hemos visto en estos días una estadística muy detallada del comercio de la República de El Salvador en 1904. De ella resulta que la exportación total ascendió á 16.588.611 pesos plata, y que la mayor parte, 13.321.384, representan el valor de los artículos enviados á naciones europeas (Francia, Gran Bretaña, Alemania é Italia, en primer lugar, y por ese orden). La participación de los Estados Unidos del Norte en dicho comercio fué de 2.757.574, y el resto, 509.653 pesos, correspondió á los demás países de América.

Estas cifras demuestran, aparte otras muchas razones, cuán infundada es la pretensión de los yanquis á ejercer hegemonía en la América central, y confirman todo lo que hay de huero y de contrario á la realidad en la famosa fórmula de «América para los americanos» con la significación y consecuencias que pretenden darle aquéllos en nuestros días.

\* \*

En Venezuela las cosas suceden como quiere que sucedan y como previamente anuncia Castro, y no como suponen y predicen sus enemigos. Se retiró aquél del poder, encomendándolo interinamente al vicepresidente Gómez. Los anticastroistas de Nueva York y de París se despacharon á su gusto, lanzando á los cuatro vientos la noticia de que Gómez se había sublevado ó iba á sublevarse, y que ya podía considerarse á Castro como hombre perdido y poco menos que expulsado de América: hasta se dijo que había llegado fugitivo á Europa.

El general Castro había declarado que si comprendía que su retirada temporal era ventajosa para el país, de muy buen grado abandonaría la presidencia de modo definitivo. Sin duda no ha visto demostrada esa ventaja, y ha resuelto volver al poder, sin oposición de nadie en Venezuela, ni siquiera de ese Gómez á quien los adversarios de Castro procuraban presentarnos como un traidor de melodrama.

El día 5 de julio, aniversario de la independencia de Venezuela, ha reasumido la presidencia D. Cipriano Castro. El general Gómez cesa en su función delegada, quedando ambos en perfecta inteligencia, como lo estaban antes.

El acto se ha cumplido con gran pompa y mucho festejo, y se ha procurado además hacerlo grato á los mismos enemigos del presidente, puesto que los confinados ó detenidos en cárceles ó fortalezas fueron puestos en libertad y se les han devuelto los bienes que tenían confiscados.

Castro, pues, continúa gobernando, y nada se habla ya de conflictos pecuniarios con naciones europeas, ni de la Compañía del asfalto, y consiguientes exigencias de los Estados Unidos, ni de la cuestión con Francia con motivo del embargo de las propiedades de la Compañía del Cable. Por ahora, Castro manda en Venezuela, se hace lo que él quiere, y yanquis y franceses moderan su soberbia y aplazan reclamaciones para mejor ocasión.

Por otra parte, Castro insiste en protestar, no sólo con palabras, sino con hechos, contra la supremacía que pretenden ejercer los yanquis en América. La Conferencia internacional americana que ahora se ha reunido en Río de Janeiro, no puede ya llamarse *panamericana*. A ella no concurre *toda* América; Venezuela, es decir, un Estado americano de casi un millón de kilómetros cuadrados de superficie, con 2.600.000 habitantes, se abstiene de concurrir á ese Congreso. Según un periódico del país, «Venezuela no toma parte en la Conferencia porque no quiere ser instrumento de los Estados Unidos en el siniestro de-

signio de éstos contra las débiles Repúblicas suramericanas.»

\* \*

El señor marqués de Camarasa, iniciador del proyecto del ferrocarril ibero-afro-americano (de la costa Norte de Marruecos, por el litoral Oeste de este país y del Sahara español, á lo más occidental de Africa, ó sea á las tierras africanas más próximas á la costa Este de la América del Sur), se ha dirigido á los actuales representantes diplomáticos y agentes consulares de las Repúblicas de la América latina llamándoles la atención acerca del derecho que asiste á dichos Estados para intervenir en ese proyecto, y por consiguiente, en la llamada cuestión de Marruecos. Debieran las Repúblicas americanas haber solicitado puesto en la Conferencia de Algeciras, en la que ha entrado todo el que ha querido; igual ó mayor razón para ello tenían que Austria, Bélgica, Holanda y los Estados Unidos.

Con derecho propio pueden y deben las Repúblicas hispano-americanas intervenir en Marruecos, en Europa, en el mundo entero, como tantas veces, con mayor ó menor tino y justicia, han intervenido é intervienen en sus asuntos los europeos. Ahora, sobre todo, tienen para ello un motivo bien poderoso. Hay más ó menos probabilidad de que Marruecos venga á ser el camino por el cual se comuniquen Europa y la América del Sur. El proyecto de ferrocarril figura en las actas de la Conferencia de Algeciras y tiene, por tanto, estado político internacional.

Propone el señor marqués de Camarasa que los gobiernos suramericanos dirijan á España, aislada ó colectivamente, una nota formulada en estos ó parecidos términos:

«Las naciones representadas en la Conferencia de Algeciras se han adherido á una moción, presentada por España, relativa á un proyecto de camino de hierro cuyo principal objeto consiste en facilitar las comunicaciones entre la América del Sur y Europa. Este asunto, de tan gran interés para la mayor parte de la América latina, no figuraba en el programa de dicha Conferencia. Si hubiese formado parte de éste, los gobiernos de las Repúblicas que subscriben no hubieran dejado de haber solicitado oportunamente representación en el Congreso de Algeciras. Nos adherimos al deseo de España y de las demás naciones de la Conferencia..., deseamos tener intervención y participación en cuanto, desde ahora, se relacione con el proyecto... y pedimos á España, para que esta nación lo solicite de las demás, la convocatoria de un Congreso especial internacional, cuyo objeto sea el inmediato estudio y la más breve solución de la cuestión de Marruecos en lo que ésta se relaciona con la proyectada línea férrea, á la que se ha dado el nombre de Ibero-afro-americana, ferrocarril que ha de ejercer tanta influencia en nuestras relaciones con varios continentes y sobre todo con Europa.»

Desde puntos de vista más generales, afirma el iniciador de la idea que América puede prestar el mayor de los servicios á la Humanidad convirtiendo la de Marruecos en cuestión de derecho de gentes é interviniendo en la misma. Cuantos más pueblos y naciones intervengan en esta cuestión mayor será la garantía que proteja á la razón y á la justicia. La independencia é imparcialidad de los más harían triunfar las soluciones de equidad y de interés general. Las Repúblicas de América son muchas y su intervención sería un gran contrapeso y una gran fuerza reguladora y moderadora.

\* \*

Arrecia en gran parte de la prensa hispano-americana la cruzada contra los Estados Unidos. En «El Mundo Latino» el ilustre peruano Madueño protesta virilmente contra la flaqueza de espíritu, la pusilanimidad y la resignación servil que muestran los pueblos de Hispano-América ante los avances cada vez más pronunciados y efectivos de la atropelladora política imperialista de la poderosa República del Norte. Esta es el verdadero enemigo, no Europa, de las Repúblicas americanas, y ya es tiempo de oponerle formidable dique, llamándola al orden y al terreno de una confraternidad respetuosa y moderada.

Como medio de conseguirlo propone el Sr. Madueño una alianza entre todas esas Repúblicas para ir llegando gradualmente, primero á la Confederación latino-americana ó Repúblicas Unidas del Sur, y después á unión más íntima, ó sea á la fundación de una gran nacionalidad compuesta de Estados autónomos, desapareciendo las actuales Repúblicas para refundirse en la Gran República federal del Sur, con todos los Estados actuales, desde el límite Norte de México hasta el estrecho de Magallanes.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



El eminente pintor Joaquín Sorolla en su estudio, al terminar de trabajar. (De fotografía.)

LOS MAESTROS EN LA INTIMIDAD

JOAQUÍN SOROLLA

Hemos penetrado furtivamente en el jardín, todo en flor, de la casa del maestro, y sin que sea notada nuestra presencia, atalayamos la labor del artista. Son unos instantes agradables, de grata sorpresa. He aquí el cuadro, en un atardecer de Primavera. Figuraos una mujercita con rostro de Virgen, de imponderable atracción; morena, de ojos verdinegros, y cabello como la endrina, apretado en trenzas y rizos y sujeto con largas horquillas de oro, en peinado regional. El traje, ¡qué bello traje! La mujercita luce bordadas faldas y un juboncillo pintoresco lleno de alamares, como los usarían, hace ya algunos lustros, las más poderosas hijas de la huerta de Valencia. Y está la mayor de las hijas de Sorolla —que hoy, lectores, es la modelo— amazona en un brioso corcel andaluz, y ¡ay! á su vera, caballero también, en primer término, firme en su silla y tirante el diestro del mismo potro, su pareja: un mozo jovencito y garrido, con vestimenta del país de las flores. Sorolla traslada al lienzo otra vez más á sus hijos, y este cuadro, el último del notable pintor, veréislo pronto.

En el jardín conozco á toda la familia: otro hijo tercero y la esposa del maestro, señora de mucha discreción y bondad, que admiramos tanto. El retrato de esta dama le es al público bien conocido. El pintor ilustre, una y otra vez, copió las gracias y el sugestivo é íntimo encanto, que quizás para las personas vulgares pase inadvertido, de la que comparte alegrías, tristezas, infortunios con el pintor famoso.

En la mansión ó taller de Sorolla hácese intensa é interesante vida de arte. Vívase para él exclusivamente, sin casi intervalo de descanso. Confiesa el maestro que trabaja de sol á sol, un día y otro, en invierno, en verano, aquí en los estudios de su hotel de la calle de Miguel Angel, ó en la playa de su tie-

tista pone colores y colores, mira y remira, y en poco tiempo concluye sus lienzos. En el estudio los cuadros se renuevan como por ensalmo, diré que como en ningún otro de Madrid. Y justo es consignar que aquí en nuestra pobre España, donde muy pocas veces se venden los lienzos—que los ricos roñosos no estiman nada, quíerenlos regalados ó con más frecuencia no los quieren,— Sorolla vende algo, casi todo lo que pinta, no todas sus obras, porque si esto no fuera un sueño el ilustre amigo sería á estas horas poderoso capitalista. Baste, para probar á los lectores la facilidad, el vértigo, con que el maestro maneja los pinceles, un dato, y es que en los dos ó tres meses de verano tráese de Valencia á Madrid el pintor más de cincuenta cuadros y apuntes.

Yo atestiguo que no he conocido entusiasmo, inspiración y destreza semejante en ningún otro artista; y he de confesar que estas condiciones de producción turbulenta no siempre son envidiables; creo también que—como ya dije en otro apunte ha blando del mismo Sorolla—la vida así, en enfermedad continua, no es vida racional ni acusa talento práctico... Y si fijos en la fama ó por el sueño de inmortalidad es por lo que se achicharra y mortifica constantemente una existencia que, por el bienestar adquirido, podía ser ya regalada, opino como el amigo maestro *Azorín*: que en las alturas de la civilización actual, donde ya nada puede ser nuevo, «vale más hacer un nombre un poco célebre, que ser célebre del todo.»

\*\*



Joaquín Sorolla retratando á su esposa

rra en los meses de estío. Y que esto es verdad, que el pintor no descansa, lo atestiguan bien á las claras dos cosas: el gusto, la alegría infinita con que el ar-

Repantigados sobre cómodas butacas, ya dentro del estudio, mientras duran los claros del crepúscu-

lo y nosotros espiamos el sublime adiós del padre sol que, allá lejos, por encima de la montaña, se solapa, háblanos Sorolla de cosas en extremo interesantes. Nos cuenta su atareada vida, que ya la conoce el lector, pura y sencilla, monótona como el curso del río, sin variantes ni grandes emociones, desde hace años, desde que el pintor hízose conocido y tuvo reputada su firma. ¿Su historia en la lucha? No fué ni más blanda ni menos curiosa que la de todos los artistas. Tuvo desde niño afición á la pintura; fué pensionado; obtuvo medallas de 3.<sup>a</sup>, de 2.<sup>a</sup>, y ya de primera! Y no terminó aquí su éxito; llegó á más: un año alcanzó el premio de honor en un certamen nacional, premio que ya sabéis es votado por todos los opositores. De entonces para acá quedó afirmado para siempre su prestigio y su gran talento. El triunfo del maestro por nadie fué discutido. Era Sorolla el pintor más joven de España, más moderno en la manera de amar la naturaleza; y por saberla copiar sin artificio, sobriamente, estuvo por algún tiempo aislado, solo en su racional escuela, por aquellos años ya triunfante en países cultos. Recordemos ahora en este punto alborozados dos ó tres lienzos del maestro que hace diez ó doce años fueron el proemio y base de las nuevas formas de representar lo bello: *La trata de blancas*, *Cosiendo la vela*, *En la playa*, *Sacando el copo*, todos los cuadros de escenas valencianas, probaron á los verdaderos artistas, á los sinceros, que á Sorolla debe agradecerle la juventud un gran paso en la vida del arte. Es el precursor de una pléyade de pintores jóvenes que seguramente nos probarán con bellas obras en la próxima Exposición, y no con vanas entropelías de café, que son instruídos, sentimentales, elegantes, progresivos.

Y no sólo no se contentó Sorolla con guiar en sus cuadros á los nuevos pintores. Hizo más: abrió clases, y á la vez que trabajaba como un azacán por afirmar el triunfo de su talento, enseñaba á diario en su misma casa á todos los jóvenes que le pedían consejos. Aquellos muchachos, sus discípulos, público es que no perdieron el tiempo. Chicharro, Benedito, entre otros muchos, ya han alcanzado primeras medallas y son estimados como buenos maestros. Discípulos son de Sorolla.

\* \* \*

Nos habla el pintor valenciano de un arte mucho más adelantado que el que hoy se aprecia. Y como por ahí van nuestros ideales, le escuchamos con curiosidad. Sorolla, sobre este interesante punto, motivo, en estos años, de batallas en todos los centros artísticos, no tiene dudas. Como hombre instruído recibe el maestro á diario hermosas revistas editadas en el extranjero; ha viajado también, y visitó los museos famosos, las exposiciones modernas llenas de lienzos originales, raros á la simple vista. ¿Cómo, pues—lo descubrimos en el maestro—no va á sentir Sorolla cierta estimación y admiración por todos los más modernos artistas, esforzados campeones, ardorosos, llenos de ideales superartísticos, de representaciones originales, mezcla de la fantasía, genio y vida?

—Yo también, dice Sorolla, me he encontrado alguna vez solo, ó muy poco acompañado, con la antipatía del público, y siempre en medio de mis luchas y tristezas supe recordar á tiempo de no desesperarme, con el bello poema de Baudelaire, al perro Tu-tu del gran poeta, que era un animalito muy parecido al vulgo. Destapaba su amo un frasco de esencia de exquisito heliotropo del Perú y lo aproximaba á la nariz del can. ¡Figuraos lo que haría el perro! Apartaba con repugnancia al instante su hocico del bote, é iba en cambio á posarlo con arrobo, extasiado, en el rincón del fregadero, donde se hacinaban todas las basuras...

\* \* \*

Muy pronto va á exponer Sorolla cien cuadros en

tre grandes y pequeños y bocetos en el «Salón Petit de París.» Ocupará nuestro pintor, unos días, la atención de los artistas y aficionados de casi todo el mundo. Aseguramos su triunfo. La pintura de Sorolla se hace agradable á la vista, el colorido es perfecto, está bien estudiado y la composición no es caprichosa. Es nuestro maestro un innovador; pero sin romper moldes.

Y como en estos apuntes no es posible hacer un artículo algo serio de crítica, á que la personalidad



Retrato de la esposa de Joaquín Sorolla, pintado por éste

notable del maestro, sin gran esfuerzo, podría llevarnos, enumeraremos algunos de los lienzos que el pintor termina en estos días.

Desde hace tiempo Sorolla ha dedicado su talento á la pintura del retrato. En los dos últimos años no ha hecho otra labor. Cundióse la noticia, y ¿quién más hábil que Sorolla para hermanar cosas viejas con algo nuevo? Esto repitió la gente, la gente aristocrática, se entiende, que sueña con perpetuar sus interesantes rostros, y en poco tiempo ya tenemos al pintor dueño de otro campo, en verdad muy productivo. No es mi intención hablar de todos los retratos que ha pintado Sorolla, porque el artista valenciano me adelanta que muchas de sus pinturas, de esta clase, no las firma con entusiasmo. Conoce también, y de ello hablamos, el parecer del gran maestro Nietzsche: «La facilidad de gustarlo todo no es el mejor de los gustos. Yo alabo las lenguas delicadas y los estómagos escrupulosos.»

Pintó Sorolla los retratos á los Sres. de Beruete, á la señora de Eguilior, á la de Rodríguez, á la de Laglesia, Hurdelaiz, de las marquesas de Santillana, San Félix, Vistabella, Somosandro, Casol, etc., etc. E hizo un retrato á doña Elena Ortuzagal, bella hembra chilena.

—¿De qué cuadro retrato está usted más conforme?, oigo que le pregunta un curioso al maestro.

—De todos, contesta Sorolla con una sonrisa.

—Pero éste, ¿no le gusta á usted más, es más bello, más importante? ¿Qué grupo tan delicioso!, insiste de nuevo el amigo.

Es efectivamente el lienzo aludido un trabajo digno de mención. En él hay una armonía plácida, encantadora. Los colores fueron dejados por mano habilísima, soberbiamente. El grupo es delicioso y puede parangonarse con algunas obras de los gran-

des maestros, de Goya, por ejemplo. En este lienzo se atiende también, con estimable valentía, al gusto de la gente nueva, aunque sin extralimitarse un tilde. Copió el maestro caritas blancas de nardos y de rosas de pitimini con nimbos dorados: almitas del cielo, encarnadas en pequeños seres de la tierra, y junto á la dulce mirada de una virgencita protectora, menuda, sencilla, todo dulzura, castidad y belleza. Es la madre. Y como contraste aparece—en este lienzo donde se contempla á toda una familia—el fundador de esta sugestiva y bellísima prole. Es un hombre de faz dura, fuerte, enérgica; un vasco legendario, un guerrillero de la Santa Causa, oficial en Estella á las inmediatas órdenes de D. Carlos. Fáltale sólo en el retrato la boina. Lleva los apellidos de Errazurriz y Ormeneta. En Chile es poderoso, y á esta República trasladará un lienzo que en España ha sido la mejor obra de estos tiempos.

MANUEL CARRETERO.

La exposición de obras de Sorolla en la Galería Petit, de París, á que se hace referencia en el anterior artículo, se ha celebrado después de escrito éste, y el éxito que en la capital de Francia ha tenido el famoso artista ha superado las esperanzas aun de sus más optimistas y entusiastas admiradores. Ha sido el suyo un triunfo moral y material inmenso, pues si por un lado los críticos más autorizados le han colmado de calurosísimos elogios, por otro los grandes aficionados han adquirido la mayor parte de las telas expuestas, pagando por ellas precios muy crecidos.

Rocheftort, que además de un eminente político es un crítico de arte notable, dedicó en *L'Intransigeant* un artículo en extremo encomiástico á nuestro ilustre compatriota, artículo que comienza con el siguiente párrafo:

«Ha nacido un magnífico pintor; desgraciadamente no ha sido en Francia.»

Y añade luego: «No conozco pincel que contenga tanto sol. Nadie como Sorolla sabe hacer destacarse del cielo de sus cuadros el ocre de las rocas. La pintura de ese artista nada tiene que ver con el impresionismo, pero es increíblemente impresionante.»

El célebre crítico de *Le Figaro* Arsenio Alexandre no le va á la zaga á Rocheftort en punto á alabanzas de Sorolla. En el artículo que á propósito de la exposición publicó en el citado periódico, escribía, entre otras, las siguientes consideraciones:

«Sorolla es un hombre prodigioso, un fenómeno más bien que un artista, y eso que es uno de los artistas más eminentes; en fin, qué sé yo... La personalidad de Sorolla no se define, como todo lo que es sorpresa, maravilla natural, abundancia y superabundancia; es un pintor que no puede menos de triunfar en todo cuanto emprende; no hay en su numen un desfallecimiento, ni una parada en su placer de pintar, ni una fatiga en nuestro placer de contemplar su obra...»

»Rapazuelos que se bañan con sus cuerpos goteando el agua del mar y enrojados por un sol espléndido; retratos de mujeres, de retzona elegancia y de una armonía rica y simple; marinas con esas famosas velas que Sorolla hincha como nadie; multitudes que hormiguean en las playas; labriegos con sus bueyes, esos bueyes célebres que fueron el asombro de tanta gente en el último Salón; más retratos y más estudios en los que reverbera la luz, el agua çabrilla y el sol abrasa y matiza los objetos; un gran cuadro con dos niños montados en una mula con jaeces de abigarrados colores, obra reciente y más atrayente, si cabe, que las demás; en fin, todo cuanto puede dar á manos llenas un talento que no conoce dificultades y un encanto de pintar que ignora las segundas intenciones. He aquí lo que es la exposición Sorolla.»—S.

LA ESPONJA

El marido de Adela entró en su casa, satisfecho, delante de los dos mozos que llevaban el mueble.

Cuando estuvo éste colocado en el despacho, Marcelo llamó á su esposa.

—¿Qué tal? ¿Verdad que no eran exagerados mis elogios? Algo caro es para adquirido de lance, pero, mira, mira.

Y mostraba con minuciosidad y deleite de anticuario los cincelados herrajes, la fina labor de ataujía, las buriladas placas marfileñas y la bombeada y transparente concha del antiguo vargueño. Preciso era que estuviese muy dentro de sus aficiones para que el avaro Marcelo se hubiera decidido á gastar en aquella compra algunos cientos de pesetas.

Los hijos, una rubita de once años y un niño de diez, habían entrado bulliciosamente á enterarse de la compra.

La madre no participaba del entusiasmo del marido, iba mirando los detalles señalados y su mano jugueteaba con el tirador de bronce de uno de los cajoncitos. Distraída lo abrió, y entonces el marido dijo sonriente:

—Ya sé lo que buscas; tú has oído hablar de que estos muebles ocultan casi siempre en su interior una cavidad destinada á guardar papeles de interés. Ahora lo encontraremos, porque los artífices de la época tenían tan poca malicia y sus escondites eran tan inocentes, que pueden descubrirse á poco que se busquen...

Se puso á sacar los cajoncillos del vargueño; Adela, por no disgustar al marido, fingía interesarse en la requisita.

—Me parece, Marcelo, que si tiene secreto está tan disimulado que no daremos con él.

—Fíjate en que estas paredes son de un grosor inútil. Esto me indica que se han hecho así para construir en ellas un hueco... ¡Ya, ya dimos con él!

Efectivamente acababa de ver un botón que figuraba la cabeza de un clavo, y al tirar de él se corrió una tablilla dejando al descubierto el secreto.

De la oquedad cayó una cosa que Adela recogió. Era una esponja de gran tamaño, pero aplastada; el lugar donde había permanecido, durante mucho tiempo sin duda, la había prensado dándole aquella forma. Además su color no era el ordinario; diríase que la coaba del mueble le había comunicado también su tinte obscuro.

—¡Buena esponja!, dijo Marcelo. Lávala y podrá servir.

—Es una porquería; cualquiera sabe quién la habrá utilizado...

—¡Pshe! Limpiándola bien... ¡Es muy grande! Lo menos vale quince pesetas.

causas que motivan la resolución que tomo. Únicamente usted disculpará al desgraciado que no ha sabido apartarse del camino de la deshonra más que apartándose del de la existencia.

»Sólo de usted deseo ser perdonado y compadecido, ya que el único temor que en esta suprema hora turba mi ánimo es el de acortar los días de su vejez con la pena que voy á originarle.

»La causa de todo ha sido mi ciego amor hacia una mujer vana y superficial, incapaz de sentimientos. No quiero hacer relación detallada de estos amores adúlteros (ella es casada), si únicamente exponer las circunstancias más principales de esta historia negra á la que hoy pongo fin.

»El marido, hombre brusco, indiferente; consideraba el lazo del matrimonio como garantía de una fidelidad á prueba de todos los abandonos, y tenía en su mujer la confianza que se tiene en un animal doméstico. Ella veíase por ende dueña de una libertad omnimoda, de la que se aprovechaba viajando sola, sin pensar en su hogar ni siquiera en sus hijos, entretenida en recorrer los balnearios más de moda. En uno de éstos la conocí é intimamos. Ignoro si me ha querido verdaderamente ó no; yo sí puedo asegurar que he estado y aún estoy loco por ella. Recibía pequeñas sumas de su marido, al cual hacía creer que con ellas sufragaba todos los gastos de su vida casi fastuosa, fingiéndose convidada por amigas ricas, y él, orgulloso de las simpatías de su mujer, aveníase á pasarse sin su presencia durante gran parte del año.

»Desde que comenzaron nuestras relaciones puse á su disposición mi bolsa, pero sus exi-

gencias dieron al traste con la poca fortuna de que podía disponer. Empeñé mi sueldo y al cabo de los dos años que duró nuestra intimidad vime desposeído de todo medio de conseguir el dinero que ella tiraba á manos llenas. Un día tomé cierta cantidad de la caja del batallón, jugué después en la esperanza de recuperar lo que había substraído y perdí siempre. En fin, convencido de que no era posible ocultar por más tiempo mi acción indigna y sin ánimo para renunciar á su amor, hace tres días la escribí contando la verdad de mi situación, suplicando que viniese á mí, ofreciéndola huir de España con ella y con sus hijos, si no quería separarse de ellos. Viviríamos de mi trabajo..., no obtuve respuesta. Volví á escribir dándole veinticuatro horas de plazo para resolverse y anunciándole mi *ultimátum*: ó la fuga con ella ó el



Retrato de la nieta de los Marqueses de Vistabella, pintado por Joaquín Sorolla

Y el mismo económico esposo la echó en una palangana con agua que había traído ya la niña.

Después siguió tentando en el hueco recién hallado por si encontraba dinero; pero sólo había una carta.

Marcelo miró la fecha, que era del 28 de marzo del año anterior. Después leyó en voz alta lo siguiente:

«A mi respetable y bondadoso amigo D. Guillermo Alberto Téllez de Toledo, marqués de la Vega de Cadiar.

»Usted que ha sido para mí como padre amantísimo, no sólo durante el tiempo en que estuve bajo su tutoría, sino cuando, hombre hecho, me lancé á la corriente del mundo; usted que conoció á mis padres é inculcó en mí el respeto al apellido ilustre que me legaron, tiene antes que nadie derecho á conocer las

suicidio. Tampoco ha contestado y yo he sido tan crédulo ó tan cobarde que he aguardado un día más. Ya estoy decidido y ahora se acabará todo. Me he encerrado en el cuarto de baño, he puesto en la pila agua tibia, cuando acabe de escribir entraré en ella y me soltaré una vena, dejando correr la sangre hasta la muerte. Dicen que ésta es así muy dulce.

cedido; el marqués de la Vega de Cadiar guardó la esponja en este secreto en tanto que llegaba el día de cumplir la voluntad del amante. Después, según sospechaba éste, ha muerto de dolor, se han vendido sus muebles y la maldición no ha podido verificarse. Marcelo, impresionado por aquella historia, fijó su vista por casualidad en el almanaque del escritorio. —¡Qué coincidencia!, exclamó. Estamos justamen-

siguió con voz enronquecida el hilo de sus ideas, en tanto que miraba con fijeza terrible á su mujer:

—Y también esta predicción se ha cumplido y... y ¡tú eres la adúltera!—J. SÁNCHEZ GERONA.

CONCURSO DE NATACIÓN

En el número anterior dimos cuenta del concurso de natación organizado por el periódico *L'Auto* y efectuado en el Sena el día 15 de julio último. Quince días después efectuóse otro por iniciativa del periódico *Les Sports*, con el mismo recorrido (11.620 metros), pero con la diferencia de que así como el primero fué para profesionales y en él las salidas de los nadadores no fueron simultáneas, en el último sólo podían tomar parte aficionados y todos los concursantes habían de salir al mismo tiempo. Estos fueron veinte: 16 varones (tres ingleses, cuatro italianos, dos holandeses, un belga, un suizo y cinco franceses), y cuatro hembras (una austriaca, dos suizas y una francesa).

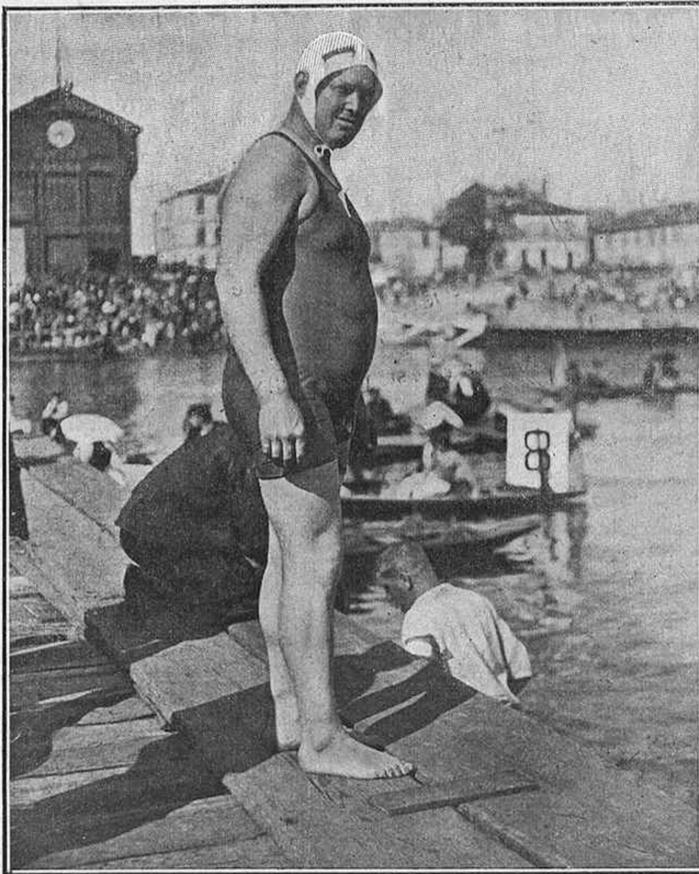
El resultado del concurso ha sido: 1.º Jarvis, inglés, en 2 horas, 42 minutos; 2.º Ooms, holandés, en 2 horas, 52 minutos; 3.º Maas, belga, en 3 horas, 3 minutos; 4.º Rossi, italiano, en 3 horas, 6 minutos; 5.º Altieri, italiano, en 3 horas, 7 minutos; 6.º Cattaneo, italiano, en 3 horas, 9 minutos; 7.º Meijer, holandés, en 3 horas, 10 minutos; 8.º Dubois, francés, en 3 horas, 11 minutos; 9.º Theuriet, francés, en 3 horas, 17 minutos; 10.º Marta Robert, suiza, en 3 horas, 20 minutos; 11.º Bonnard, francés, en 3 horas, 27 minutos; 12.º Cecilia Robert, suiza, en 3 horas, 28 minutos; 13.º Schwec-kert, francés, en 3 horas, 38 minutos; 14.º Lefargue, francés, en 4 horas, 5 minutos; y 15.º Señorita Marvingt, francesa, en 4 horas, 11 minutos.

Jarvis hizo su recorrido en 23 minutos menos que Bourgoín, el ganador del concurso *L'Auto*; y la Srta. Marta Robert, la primera de las nadadoras, en 39 minutos menos que miss Kellermann, la primera del concurso anterior.

CARRERA VELOCIPÉDICA

DE LA «VUELTA ALREDEDOR DE FRANCIA»

Para que se comprenda la importancia de esa carrera bas-



PARÍS.—CONCURSO DE NATACIÓN EN EL SENA, ORGANIZADO POR EL PERIÓDICO «LES SPORTS.»—JARVIS, GANADOR DEL PRIMER PREMIO SRTA. CECILIA ROBERT, SRA. WALBURGA DE ISACESCU Y SRTA. MARTA ROBERT, QUE TOMARON PARTE EN EL CONCURSO (De fotografías de Branger.)

»Tengo un deseo que me obsesiona desde que pienso en morir: ¿querrá usted ayudarme á cumplirlo?

»Cierta vez, tonterías de amantes, guardé una esponja que ella utilizaba en el baño. La he conservado como una reliquia; había acariciado su cuerpo de diosa, habíase deslizado halagadora sobre su carne blanca y tersa como mármol péntico; quiero que esta esponja vuelva á su poder tinta en la sangre que ella misma derrama. Yo la empaparé en la primera que salga de mis venas y la encerraré en una caja que usted recogerá de junto á mi cadáver. Quisiera que el día del aniversario de mi muerte la recibiese como recordatorio de su infamia, quisiera que un poder sobrenatural liquidara ante sus ojos mi sangre coagulada y seca, que su deshonra fuese conocida por sus propios hijos y que sufriera su existencia toda, comida por la vergüenza y los remordimientos.

»Adiós para siempre. Mi protector, mi padre. Adiós.»

—La firma es tan revesada que no la entiendo... Es una historia terrible, ¿verdad?

Adela, apoyada en el balcón de espaldas á la luz, contestó tranquilamente:

—Es una historia vulgar.

Los hijos habían escuchado, sin perder concepto, á su padre, que no se había recatado de ellos, porque, cuando ya somos hombres, no recordamos con precisión la edad en que el velo de la inocencia se empezó á rasgar para nosotros y creemos á los niños más ignorantes de ciertos misterios de lo que en realidad son.

—No, no, insistió Marcelo, es espantosa. Esa mujer merece que caiga sobre ella la maldición del suicida y siento de veras no conocerla para enviarla el sangriento regalo... Se ve con claridad lo su-

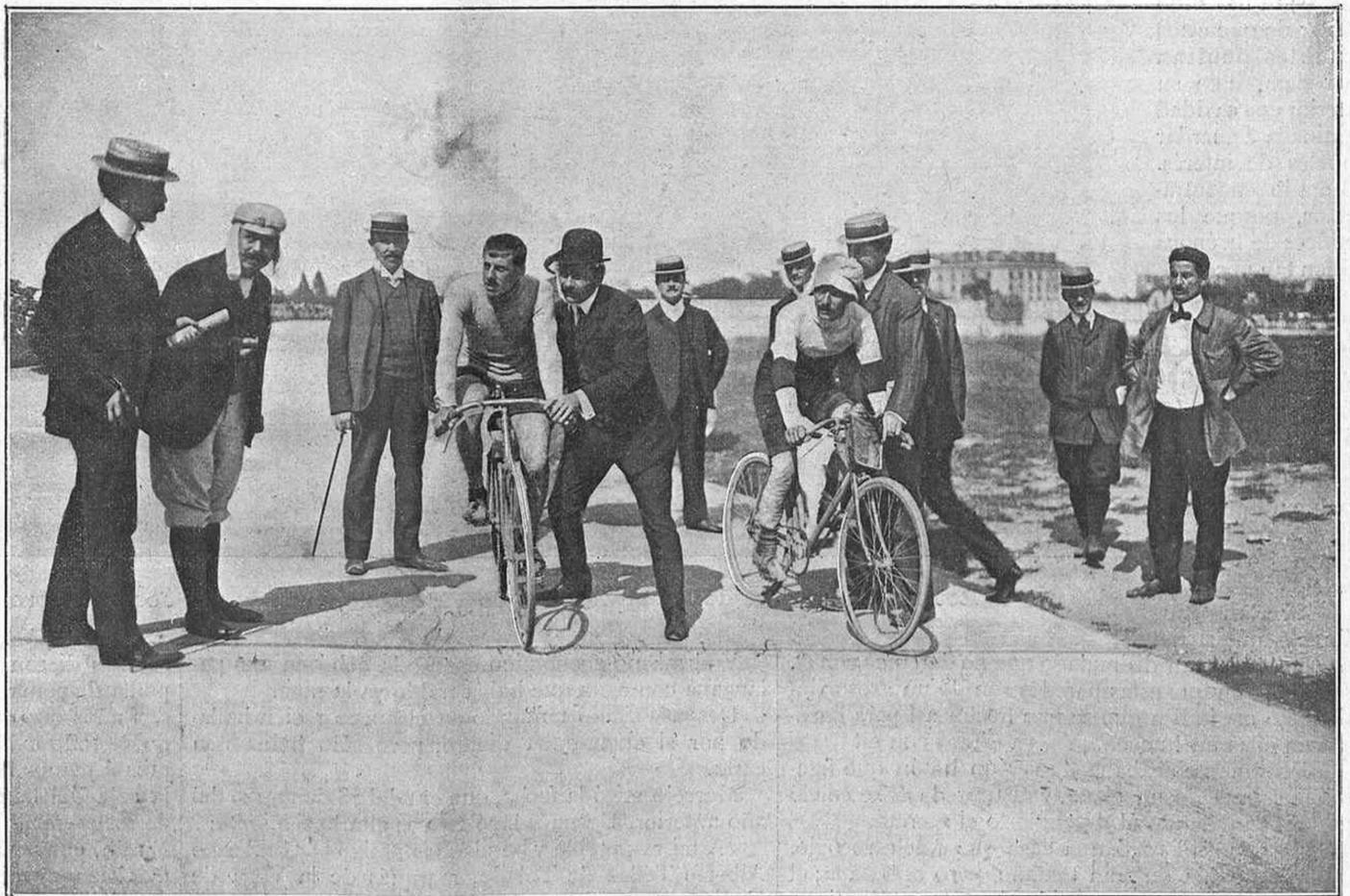
te á 28 de marzo, y según el deseo del difunto, hoy debía liquidarse su sangre en presencia de la esposa infiel...

Cortósele la voz en la garganta y se quedó más pálido que un muerto.

Al mirar á la palangana donde estaba la esponja,

vió que el agua, habiendo disuelto la sangre seca, estaba teñida de un rojo obscuro y siniestro. El esposo

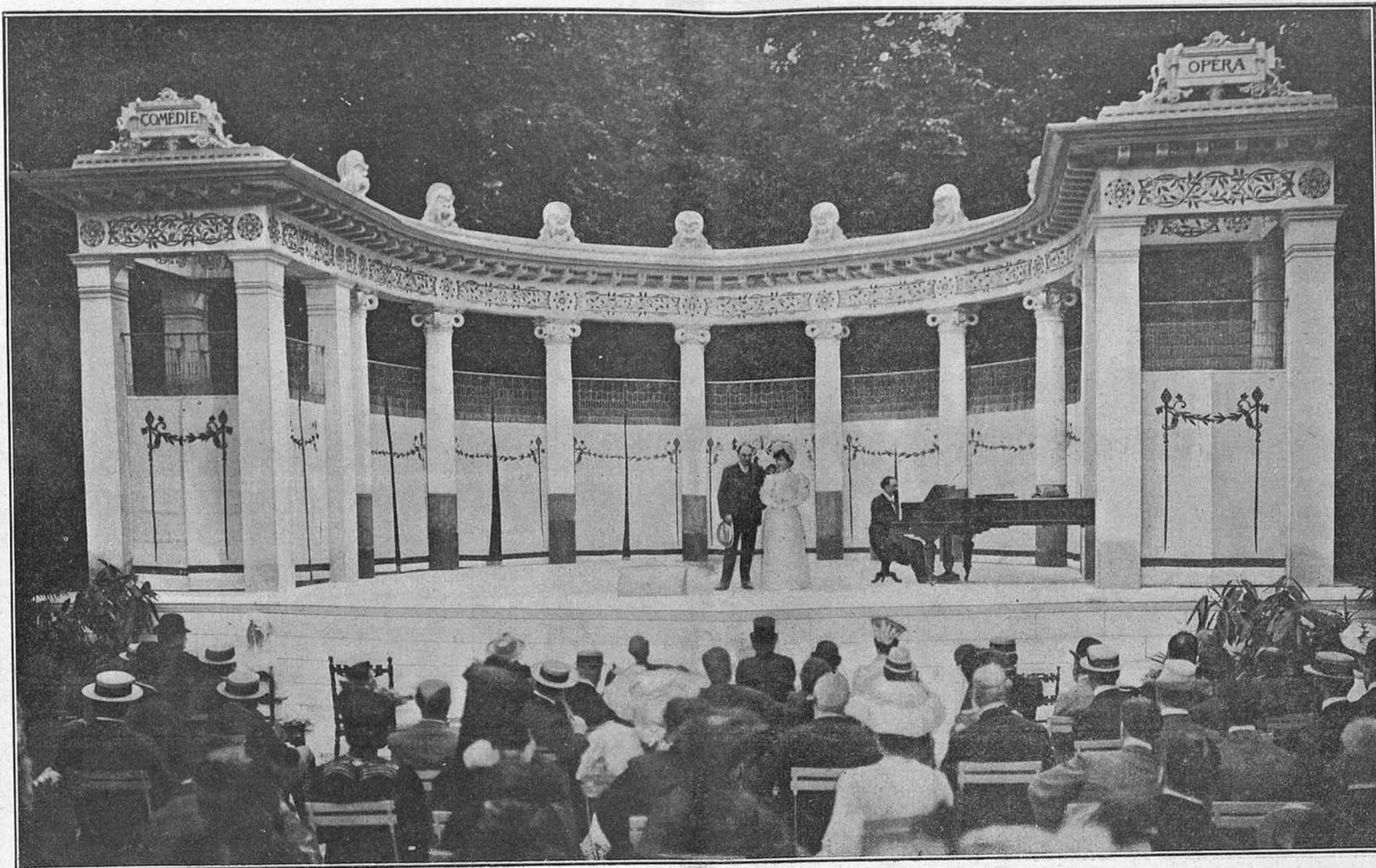
mera de las nadadoras, en 39 minutos menos que miss Kellermann, la primera del concurso anterior.



PARÍS.—LOS VELOCIPEDISTAS POTTIER Y PASSERIEU DANDO LA ÚLTIMA VUELTA Á LA PISTA AL TERMINAR LA CARRERA DE LA «VUELTA ALREDEDOR DE FRANCIA» (4.752 KILÓMETROS), EN LA QUE HAN ALCANZADO EL PRIMERO Y EL SEGUNDO PREMIOS RESPECTIVAMENTE. (De fotografía de Branger.)

tará decir que el recorrido total era de 4.752 kilómetros dividido en doce etapas: París-Lilla, Lilla-Nancy, Nancy-Dijón,

tará decir que el recorrido total era de 4.752 kilómetros dividido en doce etapas: París-Lilla, Lilla-Nancy, Nancy-Dijón,



TEATRO AL AIRE LIBRE DE LA CASA-RETIRO PARA ACTORES DE PONT-AUX-DAMES, INAUGURADO EL DÍA 25 DE JULIO ÚLTIMO. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.<sup>ª</sup>)

Dijón-Grenoble, Grenoble-Niza, Niza-Marsella, Marsella-Tolosa, Tolosa-Bayona. Bayona-Burdeos, Burdeos-Nantes, Nantes-Brest, Brest-Caén y Caén-París.

De los 32 ciclistas que comenzaron la carrera, sólo 14 la terminaron, habiendo resultado vencedores en primer lugar Pottier y después de él Passerieu, Trousselier, Petit Breton y Wattelier.

TEATRO AL AIRE LIBRE

EN LA CASA-RETIRO PARA ACTORES DE PONT-AUX-DAMES

El día 25 de julio último inauguróse el teatro al aire libre

que el célebre Coquelín ha hecho construir en la Casa-retiro por él fundada en Pont-aux-Dames para refugio de los actores ancianos y desvalidos.

A la inauguración asistieron el presidente de la República M. Faillieres, la mayoría de los ministros y gran número de personalidades ilustres de la política, la literatura y las bellas artes.

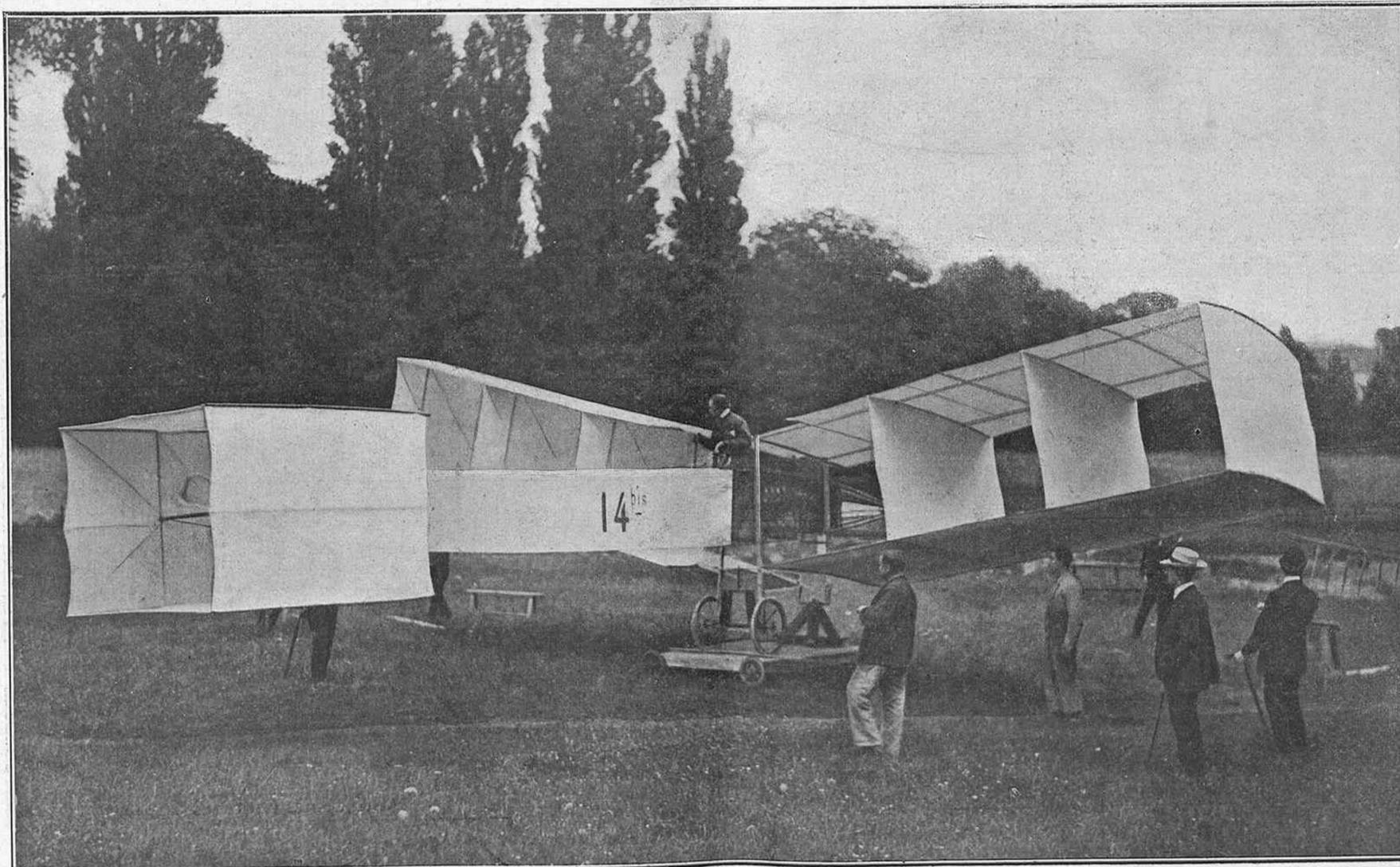
Antes de la representación celebróse un banquete, á cuyo final pronunció Coquelín un sentido discurso, que fué contestado por M. Faillieres; y á las cuatro de la tarde los invitados se dirigieron al teatro, en donde recitaron y cantaron las señoras Carré, Simón-Girard y Thibaud y los Sres. Galipaux, Huguenet y Polin.

El teatro, construído por M. Binet, es como los de la antigüedad, en forma de pórtico circular, y se levanta en medio de frondosos jardines y alamedas.

EL AEROPLANO SANTOS-DUMONT

Santos-Dumont, que hasta ahora se había dedicado exclusivamente á los globos dirigibles, se ha hecho inscribir en los concursos del Aero Club y de la Copa Archdeacon para aeroplanos.

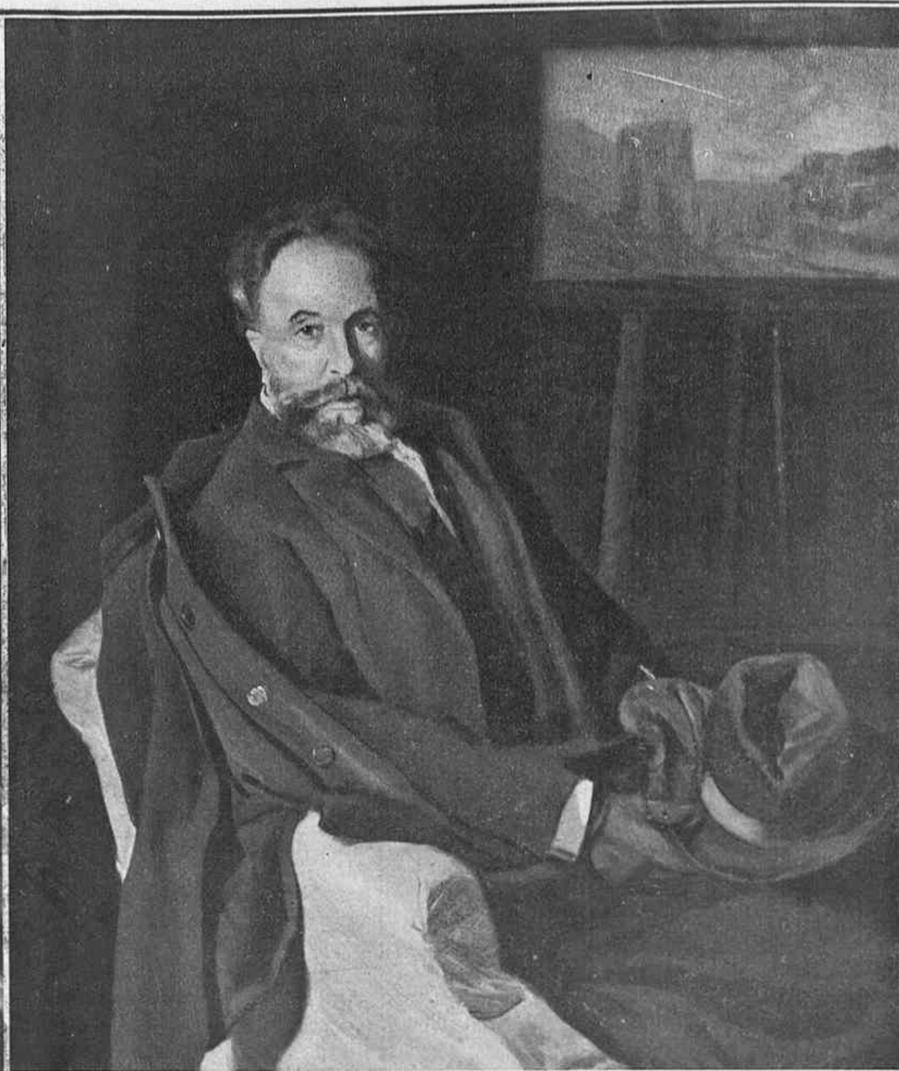
El aparato construído por él lleva el número 14 bis de su colección. El sustentador está constituído por seis celdas de



PARÍS. - EL AEROPLANO DE SANTOS-DUMONT. (De fotografía de M. Rol y C.<sup>ª</sup>)



Retrato de la Sra. de Beruete, pintado por Joaquín Sorolla



Retrato del Sr. Beruete, pintado por Joaquín Sorolla



UN RINCÓN DEL TALLER DE SOROLLA



TRISTE HERENCIA, cuadro de Joaquín Sorolla que obtuvo el premio de honor en el Salón de París de 1900

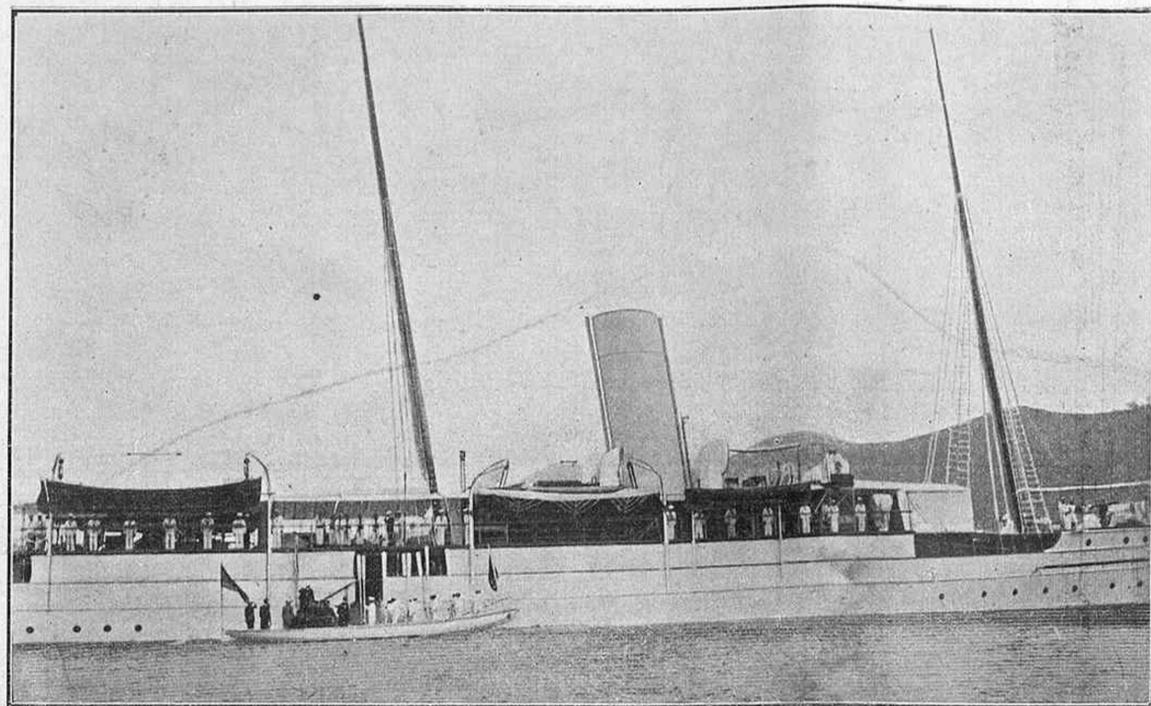
rometa Hargrave, de bambúes y cañas cubiertas de seda, dispuestas en dos grupos de tres, de modo que forman dos alas á manera de V abierta por arriba. Las alas van fijadas á una viga armada que tiene en su extremo delantero un timón, formado por una celda análoga á las de las alas y que puede moverse

se ven las armas pontificias, en el centro, á la derecha las de la reina Victoria y á la izquierda el escudo de España.

La inscripción dice: «¡Oh Madre del Monte Carmelo! Continúa envolviendo con tu manto protector á la reina de España, que arrodillada en este sitio oyó misa en la mañana del

ralda, siendo despedidos en el muelle por las autoridades y por un inmenso gentío que los aclamó con entusiasmo. En el *Giralda* almorzaron, y cuando se creía que el yate iba á zarpar para Santander, SS. MM. desembarcaron y en un coche de alquiler dieron un paseo por la población, tomaron el té en una pastelería, se dirigieron á Miramar, en donde comieron, y á las diez, en automóvil regresaron al muelle, embarcándose en una falúa que les llevó á bordo. A las doce zarpó el *Giralda*, que llegó á Santander á la mañana siguiente.

En Santander han estado los reyes dos días, habiendo salido en la tarde del 30 para Cowes.



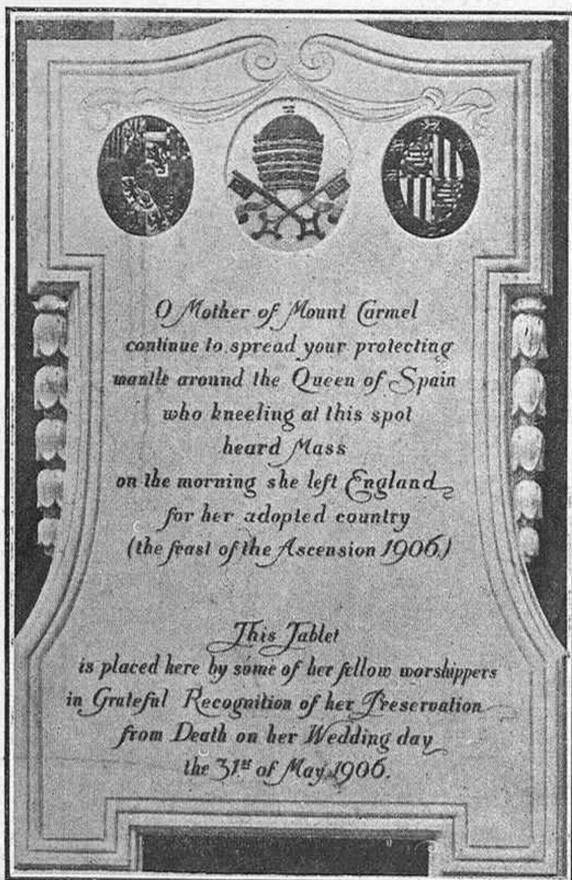
SAN SEBASTIÁN. — SS. MM. EL REY D. ALFONSO XIII Y LA REINA VICTORIA EMBARCÁNDOSE EN EL YATE «GIRALDA» PARA DIRIGIRSE Á SANTANDER. (De fotografía de Frederic.)

en todos sentidos. En el extremo posterior de la viga hay la hélice impulsada por un motor Levaseur de 24 caballos; la barquilla está situada cerca del motor, en el vértice del ángulo formado por las alas. La longitud total del aparato es de 10 metros; la superficie, de 80 metros cuadrados, y el peso, de 160 kilogramos sin contar el aeronauta.

El aeroplano va montado sobre ruedas provistas de muelles muy finos, de manera que pueda tomar impulso en una pista especial. Para familiarizarse con la maniobra de ese nuevo aparato, Santos-Dumont lo engancha á su globo dirigible número 14; pero cree que pronto estará suficientemente preparado para poder lanzarse al espacio sin auxilio del aeróstato.

UNA LÁPIDA CONMEMORATIVA

En la iglesia de los Carmelitas de Kensington se ha colocado recientemente la lápida conmemorativa, que adjunta reproducimos, y que ha sido costeada por los católicos ingleses en acción de gracias por haber salido salva la reina Victoria del atentado de que ella y su esposo D. Alfonso XIII fueron

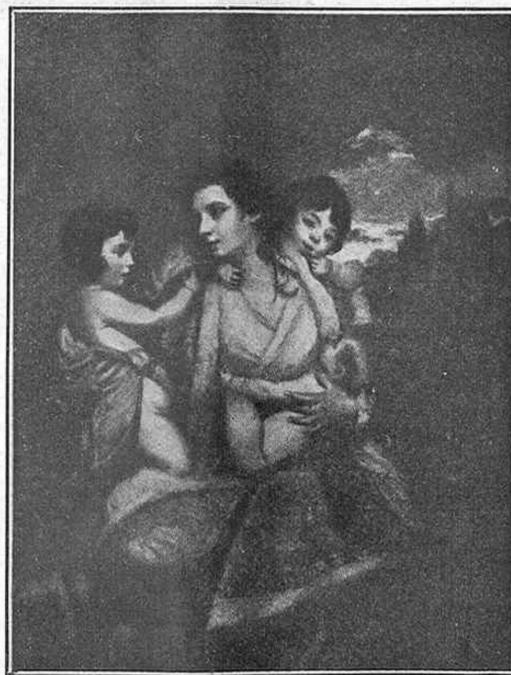


Lápida conmemorativa costeada por varios católicos ingleses en acción de gracias por haber resultado ilesa del atentado del día de su boda la reina VICTORIA de España. Esta lápida ha sido colocada en la iglesia de los Carmelitas de Kensington. (De fotografía.)

objeto el día de su boda. La lápida es de mármol blanco y ha sido puesta en el sitio mismo en donde la entonces princesa de Battenberg se arrodilló é imploró la protección de Nuestra Señora del Monte Carmelo antes de salir de Inglaterra para venir á sentarse en el trono de España. En la parte superior

día en que abandonó Inglaterra por su patria adoptiva. (En la fiesta de la Asunción de 1906). Esta lápida ha sido colocada aquí por algunos de sus compañeros de religión en acción de gracias por haberla preservado de la muerte el día de su boda, 31 de mayo de 1906.»

Al acto de la inauguración asistió el embajador de España en Londres.



LADY COCKBURN Y SUS HIJOS, famoso cuadro pintado en 1773 por Reynolds y legado á la Galería Nacional de Londres por el millonario Mr. Beit, que lo había adquirido por 22.000 libras esterlinas.

UN CUADRO DE REYNOLDS

Hace poco ha fallecido en Inglaterra el famoso millonario Mr. Alfredo Beit, dueño de una fortuna inmensa de la que supo usar en bien de sus semejantes. En demostración de este aserto, véanse algunos de los principales donativos que hizo en vida á varias instituciones de enseñanza y beneficencia: al Colegio Tecnológico de la Universidad de Londres, 160.000 libras esterlinas; á la Universidad de Johannesburgo, 200.000; á distintos establecimientos educativos y benéficos de Rhodes, 200.000; al Instituto de Ciencias Médicas de la Universidad de Londres, 25.000; á la Universidad Rhodes, de Grahams-town, 25.000; al «Rhodes Memorial Fund», de Capetown, 10.000; al club «Union Jack», de Londres, 10.000; al Hospital de Eduardo VII, 20.000; y al Hospital Guy, 20.000.

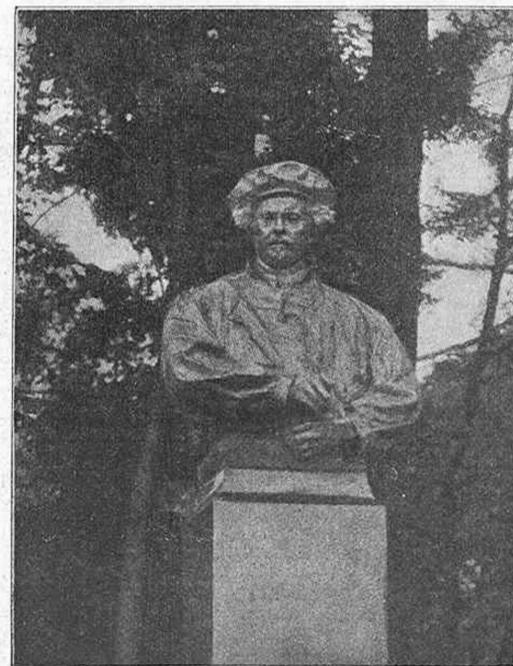
Al morir ha legado á la Galería Nacional de Londres el famoso cuadro de Reynolds que reproducimos y que había adquirido hace algunos años por 22.000 libras esterlinas.

VERANEO DE SS. MM. EL REY D. ALFONSO XIII Y LA REINA D.ª VICTORIA

Después de la temporada que han pasado en el Real sitio de San Ildefonso, los jóvenes reyes se trasladaron en automóvil á San Sebastián, adonde llegaron en la noche del 18 de junio último, instalándose en el palacio de Miramar, residencia también de S. M. la reina D.ª María Cristina y de S. A. la infanta D.ª María Teresa. Allí permanecieron hasta el día 28, en cuya mañana se embarcaron en el yate real *Gí-*

MONUMENTO A REMBRANDT EN LEYDEN

Con asistencia de la reina madre de Holanda, del príncipe Enrique de los Países Bajos, del gobierno, de representantes de las cámaras, de los Estados generales y provinciales y de muchos artistas, inauguróse el día 14 de julio último ese monumento, obra del notable escultor belga Toon Dupuis. Ha sido erigido en uno de los más pintorescos sitios de Leyden,



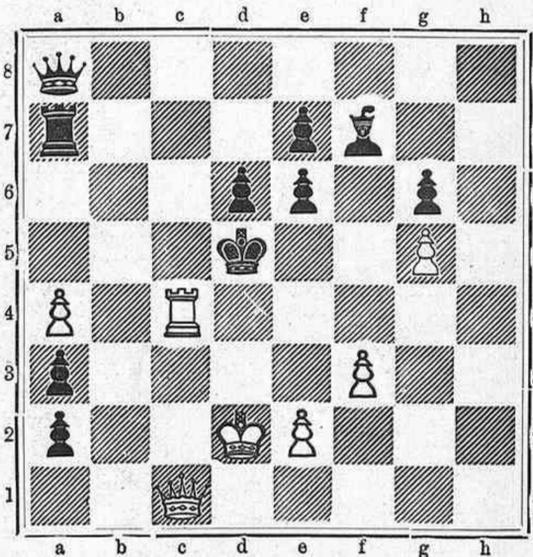
Monumento erigido en Leyden á REMBRANDT con ocasión del tercer centenario del nacimiento del inmortal artista. Obra de Toon Dupuis. (De fotografía.)

cerca del lugar en donde nació el famoso maestro. El busto es de bronce y el pedestal de granito; en éste se lee el nombre de Rembrandt.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 434, POR V. MARÍN.

NEGRAS (10 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 433, POR V. MARÍN.

- |                 |                |
|-----------------|----------------|
| <b>Blancas.</b> | <b>Negras.</b> |
| 1. Cc3-d5       | 1. Re6-f5      |
| 2. Dd2-f4 jaque | 2. Cualquiera. |
| 3. T ó D mate.  |                |

VARIANTES

- |              |                       |
|--------------|-----------------------|
| 1.... e4-e3; | 2. Dd2-d3, etc.       |
| c6xd5;       | 2. Dd2xd5 jaque, etc. |
| Re6xd6;      | 2. Dd2-f2, etc.       |
| Ta7-a8;      | 2. Cd5-c7 jaque, etc. |
| h6xg5;       | 2. Dd2xg5, etc.       |
| Otra jugada; | 2. Dd2-f2, etc.       |

MÉLI-MÉLO NOUVEAU PARFUM  
créé par VIOLET, 29, Bd ITALIENS, Paris.

# EN LA PAZ DE LOS CAMPOS

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

Jacobo se ponía febril con aquellas evocaciones y se quedaba pálido y con una arruga en la frente... ¡Cáspita! Había hecho bien el coronel; para lo que valía la vida. Y después, un Reteuil no se rinde. Jacobo cobraba orgullo y aquello le confortaba.

Pero la idea de la fuga espontánea de los tormentos humanos se establecía, perversa y peligrosa, cada vez más autoritaria, en aquel cerebro fácil a las malas persuasiones.

Y siempre dejaba para más tarde el decidir cuál sería su destino cuando hubiera abandonado el país para no volver. El mal se agravó. «Hay una mancha en esa gente,» había dicho Adelaida.

Poseído por la admiración de un suicidio épico, quiso conocer también cuáles habían sido los motivos que tuvieran el segundo Reteuil para desprenderse voluntariamente de la vida tirándose por la ventana.

Y buscó la crónica de aquel abuelo tan cerca de él; del marido de aquella pobre anciana, muerta en sus brazos pocos meses antes.

La viuda había conservado todo lo que venía de él; no por cariño póstumo ni por la religión del recuerdo, sino porque después de aquella muerte lamentable había en cerrado en un cofre, para no abrirlo más, todos los papeles y los menudos objetos que podían recordar a aquel desertor cansado de la batalla humana.

A los cuarenta años, fué el nieto quien primero levantó la tapa de aquel segundo ataúd, y trató de percibir un alma en aquellas hojas amarillentas. Jacobo lo logró ó creyó lograrlo.

El hijo del soldado del Imperio no se parecía a su padre; ningún entusiasmo; de su correspondencia y de sus notas se desprendía desde la juventud un profundo aburrimiento y una sorda impaciencia contra la vida.

Hasta cuando se dirigía a la joven que debía ser su mujer, el tono no variaba y seguía sin creencias y sin gustos.

Aquel Reteuil debía padecer lo que se llamaba entonces la enfermedad del siglo; había llegado demasiado tarde a un mundo demasiado viejo. Nada le interesaba y todo lo veía negro, pero sin causa real para tanta melancolía.

Parecía que, aparte algunos viajes rápidos, había vivido en sus tierras y había vegetado encerrado en su castillo. Ninguna curiosidad, ninguna ambición, ninguna esperanza; un *spleen* inglés a la Chatterton; una niebla alemana a lo Werther; un desaliento antes de hacer nada, mucho más francés, como Escousse y Lebras, debieron de ser la característica de aquel espíritu apenado.

Era de su tiempo con exageración; la inutilidad de todo le cansaba de antemano y se cruzaba de brazos. De todas las filosofías, interrogadas sin duda, pues aquel desocupado había leído, no había recogido más que la negación, en una época en que el nihilismo estaba todavía sin inventar.

Su mismo ocio y la pereza que le estaba permitida fueron sus peores consejeros; buscó demasiado y muy lejos, y no encontrando nada, dedujo el vacío.

Mal de rico; mal de ocioso; si hubiera tenido que

un imbécil y toda mujer una infame, le pareció un sabio y un pensador sin igual.

Aquel hombre había contemplado la verdad cara a cara, discernido la fragilidad de los sentimientos humanos y demostrado la vanidad del esfuerzo y la estupididad de todas las creencias. Para el joven, cuya inteligencia era más bien sorda, aquellas frases amargas de un misántropo aburrido resonaron como palabras de oráculo.

Y aquel segundo Reteuil participó en su corazón, aunque en forma diferente, de la admiración filial que ya había dedicado al primero. Sí, tenía mil veces razón aquel desilusionado que había huído de la vida en un acceso de repugnancia un poco más violento que los otros...

Jacobo hizo una peregrinación solemne a aquel cuarto junto al tejado, donde su héroe vivió los últimos minutos y se precipitó por la ventana hacia aquel vacío que le atraía como expresión definitiva de la fórmula humana universal.

Apoiado en el alféizar, abrazó de una ojeada aquella decoración en anfiteatro en la que se había fijado la última mirada del otro, midió la altura y se retiró espantado al echar de ver cuán fuerte era la tentación.

¡Ay! Andando los días, la idea perseveró, creció y se exasperó. Jacobo marchaba ya entre dos espectros, que le hablaban en voz baja alternativamente.

Abandonó todo proyecto para el porvenir, sin querer precisar nada consigo mismo. Le parecía que llegaba al fin de un largo viaje y que iba a descansar al cabo. Y esta perspectiva le llenaba de dulzura.

Una noche en que el habitual insomnio le tenía con los ojos abiertos, vió con sorpresa que sus odios eran menos violentos; buscó la causa de ello y se dijo, después de reflexionar, que también aquello era indiferente, como todo lo demás. Empezaba a aprovechar las lecciones del abuelo.

Otra vez ocupó su memoria la muerte de su madre; pensaba en ella con frecuencia; pero, de ordinario, afirmaba que su fin no había sido más

que un acto de imprudencia. Aquella vez prescindió de sus antiguas ideas y dijo en voz alta:

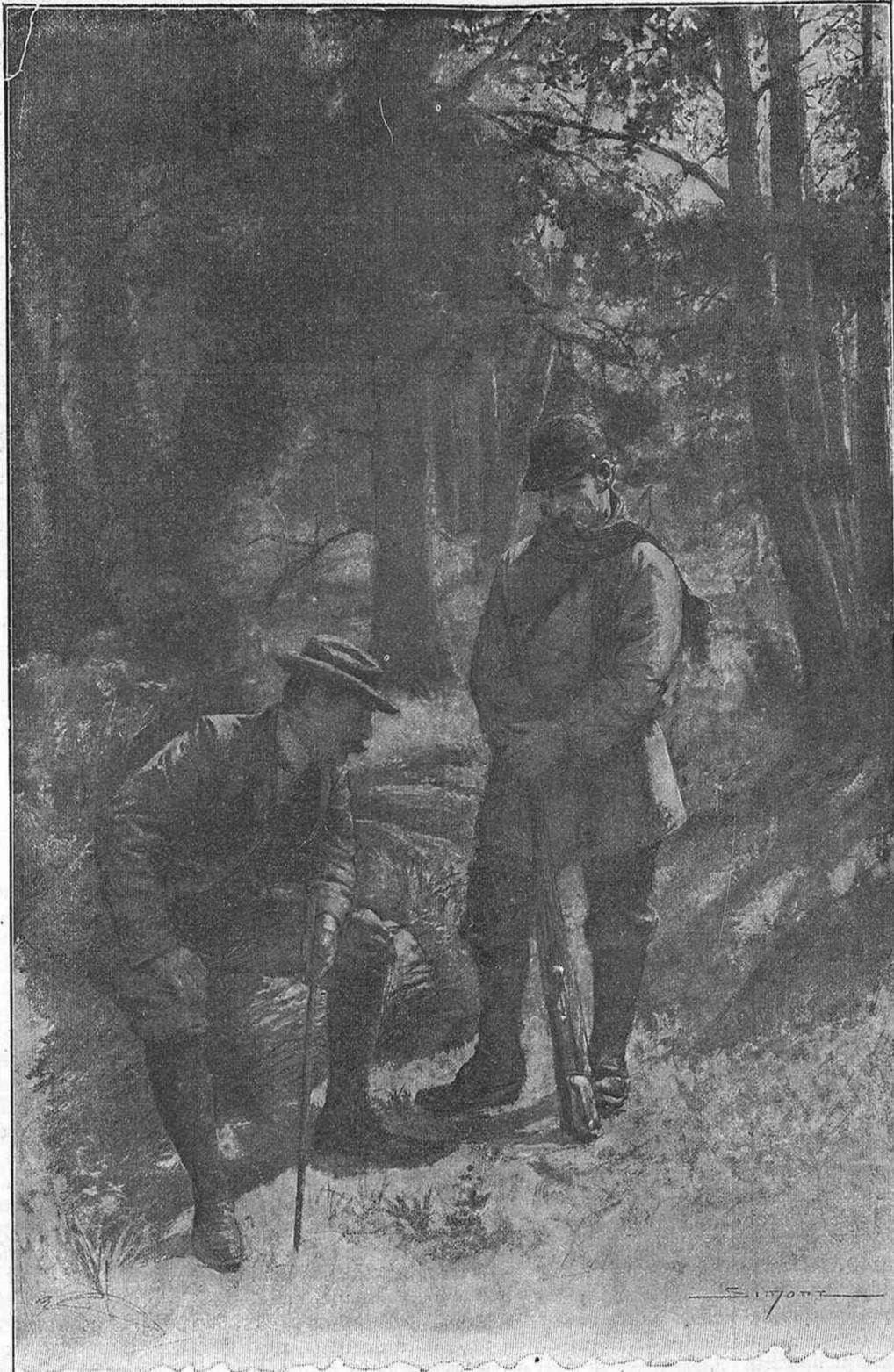
—¡También ella se mató!

Era natural; su madre era una Reteuil y la mancha persistía.

Quedaba él; Valroy, sin duda, pero también Reteuil. Ahora se creía unido con preferencia a aquella familia trágica.

Recordaba, como si tuviera necesidad de convenirse mejor, los terrores y los remordimientos que su madre le confesó en un día de esperanza; terrores por haberle transmitido la siniestra herencia; remordimientos por haberse casado, sabiendo que llevaba en ella una gangrena capaz de envenenar dos razas.

La pobre condesa Antonieta no estaba tan loca como parecía por sus aprensiones; sus tardías penas podían justificarse.



El guarda le contemplaba a la luz de la luna

trabajar la tierra, ararla, sembrarla, segar su trigo y cocer su pan, no hubiera tenido tiempo ni gusto para criticar el universo ni para desesperarse.

Se había dejado casar por desidia, por no discutir, por falta de valor ante todo acto voluntario; pero era de presumir que nunca amó a su mujer, la cual, por su parte, se casó con él sin gran convicción.

Debieron de formar una pareja poco unida, por ser ella dada al placer y él a la amargura. Al cabo de un año cada uno se fué por su lado sin cuidarse gran cosa del otro. Hacia aquella época fué cuando viajó más aquel extraño marido.

Sus cartas daban fe; fechadas en países diversos, todas contaban, sin embargo, un incurable aburrimiento.

Jacobo se deleitó con aquella prosa falaz, y aquel abuelo que afirmaba tan bien que todo hombre era

Así lo deducía Jacobo, impulsado hacia su destino. Sintióse entonces mejor y más ligero, como si sus penas se hicieran menos pesadas ante la certeza de la curación próxima, amplió su averiguación sobre las cosas pasadas, y buscó en aquella morada que había sido suya y en medio de aquellos muebles y de aquellos objetos por ella tocados la presencia de la señora de Reteuil, aquella admirable abuela que tanto le había querido. Juzgó que aquella señora había sido siempre y en todo esencialmente buena, y la quiso más. Trató otra vez de reconstituir la personalidad de su madre en aquel marco en que había vivido de soltera, y reconoció que había sufrido siempre, por lo que la quiso más también.

Un soplo de libertad refrescaba sus pensamientos, antes de confundirse con el gran Todo; se sentía el corazón anegado de ternura por el ambiente impersonal y de caridad solidaria por unos seres arrojados como él en lo desconocido.

Llegó á encontrar la serenidad y se aproximó á la razón pura, pero pensó cada vez menos en preparar sus días.

¡Qué bueno será, pensaba, formar parte del pasado; dormir debajo de tierra, ese rincón en la inmensidad; dormir para siempre, aproximado—por la grandeza misma del espacio y del infinito—á todo lo que se ha conocido y amado!

La amplitud de sus pensamientos le admiró; era otro hombre, y sonrió al echar de ver que ese hombre acababa de nacer en el momento de morir.

El castillo entero llegó á ser un recuerdo y un motivo de recogimiento; el medio le envolvía y le ahogaba; la locura que había quedado en los rincones oscuros le penetró.

Aquella educación desarrollada todos los días y favorecida por la soledad y la vida de las horas; aquella instrucción de los hechos y de los seres desaparecidos, produjeron lo que debían producir: un razonamiento loco, una imaginación alucinada, la descomposición completa de un cerebro extenuado por los ensueños.

Jacobo tenía conciencia de ello y saludaba el fin como una aurora. Aquella hiperestesia no dejaba de tener su encanto. En aquel corazón dilatado, los latidos rítmicos respondían á veces á sensaciones dichas y á impresiones de gozos negativos; nada había ya, ni bueno ni malo, y todo resultaba beneficio, pues la suma del mal es la más grande.

Un día vió pasar por el camino á Gervasio Piscop de Carmes y con una escopeta debajo del brazo. Piscop no salía ya sin armas, alarmado por la presencia de Jacobo no lejos de él; aquel duro campesino tenía sus flaquezas.

Le vió pasar sin cólera... Arabela se alejaba de su mente como todo lo demás.

A veces se sonreía y hablaba solo, como las personas que han perdido la costumbre de toda vecindad. Un día dijo en alta voz:

—Pero ese 15 de septiembre no llega nunca...

Era la fecha en que debía cobrar el precio de su última finca. ¿Preocupación muy humana?... No, por que ocultaba otra.

Por fin llegó aquel día tan deseado. El vizconde de Valroy recibió un aviso de su notario; los fondos estaban á su disposición.

En el momento respondió con una larga carta recordando el destino de las sumas recibidas y el nombre de los acreedores del *Modern Ahorro* á quienes había que pagar contra recibo en regla.

Aquella mañana el huésped errante de Reteuil volvió á ser hombre de negocios.

El dinero que quedaba estaba destinado á procurar la rehabilitación, después de lo cual, si había todavía algún remanente, sería para el municipio en que había nacido.

Rogaba á su notario que considerase aquella carta como la expresión de su última voluntad, como un testamento, pues se sentía muy enfermo y estaba seguro de su próximo fin.

De todos modos, el castillo de Reteuil sería evacuado y estaría á la disposición de su nuevo dueño en la fecha indicada en el contrato.

Tomadas estas disposiciones, Jacobo suspiró como quien se siente aliviado de un gran peso.

Ya no tenía más que hacer que ocuparse de sí mismo.

Después de su testamento legal, imaginó un instante hacer uno sentimental. Aquel sería más complejo y exigiría más estudio y cuidado. El joven murmuró un nombre. «Arabela...»

Este era todavía el punto sensible.

Hacía tres meses que estaba respirando su aire y no la había visto ni una vez ni sabía de ella. Su criado no era hablador y atravesaba el país para hacer sus compras sin detenerse en las puertas.

El primer pensamiento de Gervasio al saber la

vuelta de Jacobo fué alejar á su mujer y hasta viajar con ella; pero después pensó que si viajaba sola podría aquél reunirse con ella, y que si él la acompañaba sería mucho gasto y mucha molestia. Lo mejor era quedarse como estaba y vigilar á la gente.

No estaba solo para esta tarea; su hermano, sus primos y sus mujeres tenían todos buenos ojos, sin contar los criados, que veían bastante claro cuando el juego les gustaba, y todos los campesinos, que no se engañan ordinariamente.

Arabela quedó, pues, si no prisionera, por lo menos con guardias de vista, y Jacobo no pudo verla ni siquiera de lejos. El, por otra parte, no lo procuró.

Lógico consigo mismo, se consideraba ya fuera de la tierra y no tenía para qué perseguir su amor ni su odio hacia los que le sobrevivían; pronto renunció al fugitivo pensamiento de imponer su memoria como un remordimiento y como un castigo.

Poco á poco se apoderó de él el deseo irresistible de ver por última vez, si no el castillo de Valroy, al que su orgullo le impedía aproximarse, aquel bosque que encerraba un mundo, aquella selva encantada, que había abrigado tantas escenas y cuyas tres mil hectáreas pertenecían ahora á Grivoize el menor y á su hijo Hilario...

Y una noche, él, antiguo dueño, se metió en el bosque furtivamente.

Acusado por la mañana de pereza por Grivoize el menor en persona, que decididamente olvidaba el pasado, Garnache salió, aquella noche gruñendo y con la escopeta al hombro.

Le reprochaban no hacer ya rondas de noche, como si no fueran bastantes las de día... Si su trabajo no les gustaba, no tenían más que buscar otro guarda... A los cincuenta años las piernas flaquean y hace falta reposo.

¿Y todo para qué? Para contemplar la luna; no había un cazador furtivo en todo el término desde que Grivoize había comprado el bosque; se sabía que con él el asunto sería grave y nadie se aventuraba.

En fin, la orden era andar y andaba..., no por mucho tiempo, sin embargo. Una mañana de estas le tiraría el quepis á la cabeza á modo de despedida, y se iría á otra parte á plantar sus coles.

Ciertamente, le daría pena dejar el pabellón donde había nacido, donde se había casado, donde había nacido José á su vez, y donde todos habían crecido y héchese viejos; pero había que conformarse y no inclinar la espalda continuamente...

Así monologaba Regino mientras daba zancadas por las malezas.

Una intención le seducía; la de tenderse tranquilamente debajo de un árbol y dormir como un justo hasta el alba...

Peró se rehusaba este gusto por diversos motivos: en primer lugar un Grivoize ó un Piscop (los había por todas partes, como si brotasen de la tierra) podía tropezar con él; además, cogería frío y humedad y podría atrapar un reuma; en fin, la consigna era la consigna y el deber era el deber.

Y después de esta conclusión estoica, siguió su ronda y llegó á los matorrales.

El bosque era allí espeso.

Los juegos de sombra creaban fantasmagorías en las escasas plazoletas; por entre las altas ramas de los olmos y de los fresnos deslizaba la luna sus rayos hasta producir manchas claras en los musgos, en las hierbas bajas ó en los detritus de estaciones muertas.

De las espesuras salía un dulce suspiro de gran animal dormido; era la respiración de la selva, formada de los cien mil alientos de los seres nacidos en ella y refugiados en el suelo; el bosque los ocultaba, los defendía y los alimentaba, y se perdían en él como en un todo misterioso.

El guarda no estaba penetrado de estas caridades ambientes, demasiado acostumbrado á ese espectáculo para reparar en él; cargó una pipa, golpeó con lentitud el eslabón y encendió metódicamente. Después de unas chupadas, se sentó en el suelo diciendo en voz alta, por el solo placer de romper aquel profundo silencio:

—Supongo que puede uno sentarse; no se pagan las sillas.

Se quedó inmóvil con la barba en las rodillas y las manos cruzadas en las piernas... Pasaron unos minutos, durante los cuales se veía la lumbre de la pipa como un punto rojo en la vaga obscuridad. La sorda manifestación de las existencias dormidas siguió solamente produciendo un rumor junto al suelo; el silencio era profundo como la nada.

De pronto, Garnache se estremeció y apercibió el oído; bastóle un segundo para formarse una opinión, y vació despacio la pipa, la metió en el morral, se aseguró las polainas y, con la escopeta en la mano, se escondió entre las malezas; una culebra hubiera hecho más ruido.

—¿Eh? ¿Tendrán razón los piojosos de mis amos?... Alguien anda por ahí; algún pordiosero sin duda; pero esos son justamente los que mejor saben poner lazos. Hay que ver...

Regino seguía avanzando á paso de lobo; sus ojos, experimentados desde la infancia, distinguían todos los movimientos de la sombra. De pronto, vió una forma negra en medio de una calle.

Jacobo se creía solo á aquella hora de la noche y, sin ocultarse, erraba á la ventura entre los árboles; con gran sorpresa suya, veía sin emoción aquellos mil testigos de su infancia.

Con la costumbre que había tomado desde que la vecindad de la locura le había afinado la inteligencia, trató de buscar la causa de aquella indiferencia, y se la explicó.

Decididamente, nada terrenal, pasado ó presente, podía atraerle ni interesarle una hora. Los tiempos habían llegado; estaba maduro.

Recordaba, es cierto, mil cosas de su infancia y de su juventud; pero todo aquello estaba tan lejos como la toma de Troya.

Sí, siendo muchacho se había revolcado en aquellos musgos y escondídose entre aquellas hierbas; el cuerpo de aquel chico había cambiado y más todavía el alma. Allí había soñado con grandes cacerías ó guerras indianas, á los doce años, siguiendo las verdades; tenía en aquel tiempo pocas ideas.

Un recuerdo le preocupó más tiempo.

En aquella plazoleta con tanta tierra, le había dado su padre las primeras lecciones de equitación... ¡Su padre!.. Era el único ser que le preocupaba todavía á causa de su fin misterioso y de la posibilidad de que viviese aún.

Y en esto estaba pensando cuando le vió Garnache sin conocerle al pronto.

Peró no; Juan de Valroy estaba también muerto y bien muerto. Ni una carta, ni una noticia en cinco años; él mismo había dicho que en este caso se le debía considerar difunto...

Jacobo atravesaba en aquel momento un espacio alumbrado por la luna; Garnache, á tres pasos de él, salió de la sombra y exclamó:

—¡Señor vizconde!

El joven, al oír aquella voz inesperada, dió un salto que decía bien el estado de sus nervios; y después de reponerse, respondió:

—¡Ah! Eres tú, Garnache...

—Sí, señor vizconde.

El guarda tenía la mano en el quepis, en actitud respetuosa, y, sin embargo, era un vagabundo, un merodeador nocturno el que estaba delante de él.

—Garnache, dijo Jacobo, la casualidad hace bien las cosas y celebro encontrarte; pero, ante todo, ¿me vas á denunciar?

—Eso sí que tendría que ver, señor vizconde.

—Sois personas honradas, tú y los tuyos, respondió el joven pensativo, y algunas veces tengo pesares por vuestra causa... Regino, tu mujer me ha criado, la pobre Berta... Me quería mucho, y tú también, lo sé, pero ella demasiado acaso..., puede que más que á su hijo...

El guarda aprobó con la cabeza:

—Es exacto, señor vizconde, le quería á usted más que á nuestro José y no se podía remediar; era así.

—Sí, continuó el heredero sin patrimonio, lo sé... pero cuando se es niño se ignoran muchas cosas, sobre todo cuando se está mimado por todo el mundo... Regino, di á Berta y repítete tú mismo que no hay que guardar rencor á vuestros antiguos amos. Mi madre era una enferma sin responsabilidad; no quería ver á nadie, ni á mi padre, ni á mí mismo, y mucho menos á los demás, como á Berta, por ejemplo. Mi padre ha estado preocupado y triste durante los diez últimos años; había planteado mal sus negocios y, aburrido de sí mismo, se apartaba de todo el mundo, como de ti, Garnache.

Su voz se debilitaba y tomaba una expresión de angustia.

El guarda le contemplaba á la luz de la luna con una expresión de cándida sorpresa, que ni siquiera pensaba en disimular. ¿Era aquel el tiranuelo del país, que no se dignaba responder á los saludos desde lo alto de sus carruajes y llevaba el orgullo hasta la ferocidad?

¡Bien cambiado estaba! El infortunio le había convertido en otro hombre; tanto mejor; y el marido de Berta se sintió conmovido.

—No, nunca he pensado que el señor conde hacía mal cuando nos olvidaba; ya sabía yo que tendría sus motivos, y no conservaba de él más que buenos recuerdos. ¡Qué buen muchacho cuando tenía su edad de usted! Tan poco orgulloso, tan alegre... Salíamos los dos al amanecer, con la escopeta debajo del brazo y el saco á la espalda, y así estábamos hasta la noche. Comíamos al aire libre, sin etiquetas,

pues él no las toleraba. Cuando, avergonzado á pesar de todo, ponía yo reparos, él se enfadaba y me decía: «No seas imbécil. Hace doscientos años que los Garnaches sirven á los Valroy y la fidelidad equivale al título; si me fastidias, te ennoblezco y te llamo señor de Garnache... Ahora cállate y echa un trago...» Esas palabras se oyen siempre, aun después de veinte años. Decían que nos parecíamos y la verdad es que, á lo lejos y con la niebla, nos tomaban á veces el uno por el otro, y esto me halagaba. Por mucho que se diga, cuando el corazón está lleno de tales recuerdos hay para toda la vida...

—Gracias, Regino, dijo Jacobo con la voz cada vez menos firme, gracias por hablarme así...

—Y á usted también le queríamos á pesar de todo, respondió el guarda con su brutal franqueza. Es verdad que usted no nos miraba, pero nosotros le veíamos bien y estábamos contentos cuando era dichosos.

—¡Regino!

Jacobo casi lloraba...

Y entonces, en medio de la plazoleta, los dos hombres se dieron la mano por un impulso espontáneo. El apretón fué vigoroso por ambas partes. Garnache, á su vez, sintió que un sordo sollozo se le atrevía en la garganta.

—Señor vizconde... aunque tuviera usted todas las culpas, lo que no es verdad, este minuto las borraría para mí... ¡Dios mío!, es preciso que los buenos se vayan y padezcan, cuando los malos se quedan y rebosan de alegría... El conde Juan y usted mismo... al lado de un Piscop ó de un Grivoize... Los tiempos son duros también para nosotros, sin contar que Berta está casi sin razón.

—Pobre mujer, interrumpió el joven, pobre corazón demasiado fiel; la aparté de mí por un orgullo estúpido, del que ahora tengo remordimientos..., pero en aquel tiempo no pensaba yo solo, pues tenía alguien que me apuntaba sus malas voluntades... ¡Pobre Berta! Cuánto tiempo hace que no la veo... Sí, desde aquella famosa noche en que vino á advertirme la fuga de Arabela..., pero no hablemos de esto.

—Pues bien, dijo Garnache sonriendo á pesar de su tristeza; yo puedo decir á usted la verdad; si usted no la ve, ella le ve todos los días.

—¿Cómo es eso?, dijo Jacobo asombrado.

—Lo más sencillamente del mundo. Durante los cinco años de su ausencia de usted, no ha cesado de rondar por Reteuil, convencida de que un día ú otro iba usted á presentarse. Estaba aferrada á esa idea y es obstinada. El día en que usted volvió estaba allí y le vió pasear por el parque. Desde entonces se pasa la vida en el bosquecillo sin apartar de usted los ojos. Ahí tiene usted lo que es Berta.

—¡Ah!, exclamó el joven sorprendido y encantado, pues para aquel aislado de la vida toda prueba de cariño era preciosa; entonces soy todavía más culpable. Dile que tendré gusto en que vaya á Reteuil, contigo... y con José á quien tanto he despreciado..., pero daos prisa.

Dijo estas últimas palabras en un tono tan plenamente triste, que el guarda se estremeció á pesar de su poca inteligencia.

—¿Por qué, señor vizconde? Cómo dice usted eso...

—Porque dentro de quince días Reteuil estará vendido y tendrá otro dueño... Preciso era pagar las deudas de mi padre y lavar el nombre de Valroy de una mancha que no ha merecido, pero que existe. Ya está hecho. Pero, después, todo habrá acabado para nosotros en la comarca.

—Entonces, dijo Garnache con la cabeza baja, siento haber encontrado á usted... para dejar de verle dentro de poco. ¿Pero qué va á ser de usted? Es un antiguo servidor el que se atreve á preguntárselo.

—Tú lo sabrás, Regino, dijo lentamente Jacobo; y por eso te repito que os apresuréis.

—Señor Vizconde, murmuró el guarda, tiene usted todo el aspecto de pensar malas cosas; á los veinticinco años se puede rehacer la vida.

—¡Bah! No vale la pena, exclamó el último Valroy Reteuil con un ademán de cansancio.

Y dijo en seguida, pasando á otro orden de ideas:

—Esta noche tenía gana y necesidad de volver á ver la selva que también ha sido mi nodriza... Hace tres horas que ando por aquí rodeado de fantasmas...

Con un poco de extravío, añadió:

—Tu presencia los ha ahuyentado; pero dentro de un momento, cuando esté solo, volverán á venir... Créeme, antiguo amigo de los Valroy, este es el fin de nuestra raza...

Y, dicha esta frase, cuyo lúgubre sentido confirmaba las precedentes, Jacobo se separó bruscamente y echó á andar, haciendo un gesto con la mano que era un adiós y una prohibición de seguirle.

Garnache se quedó vacilante en la plazoleta, pero su respeto al amo le impidió correr detrás de él.

El guarda, una vez solo, encontró que la noche era

más sombría y la selva más huraña; había luto en el aire y Regino sentía el corazón oprimido y el alma desamparada... Por fin murmuró: «No puedo hacer nada,» y siguió su ronda por los bosques silenciosos.

¿Qué hacer? ¿Y Berta? Estas preguntas quedaban sin respuesta. El guarda, taciturno, meditaba andando.

Ahora bien, en realidad, para demostrar la locura de las apariencias y probar una vez más que la idea es más real que el hecho, los que acababan de encontrarse y de hablar así eran padre é hijo.

Al día siguiente Regino se fué á ver al anciano Balvet para pedirle consejo; no había dicho nada á Berta, temiendo causarle una alegría de un día precediendo á una eterna desesperación.

Contó la aventura al anciano y á José y les confió sus temores... «Jacobo parecía resuelto á morir.» Los otros le escucharon indecisos y asombrados de que el antiguo amo se hubiese metamorfoseado hasta ese punto.

—Y bien, dijo el guarda como peroración, ¿debo decírselo á Berta?

—No, dijo Balvet.

—No, dijo José.

Habían respondido á la vez y sonriendo al ver que también entonces eran de la misma opinión.

—No, mil veces no, repitió José; no hay más que penas que recoger por ese lado... Que deje el país para siempre ó que muera, será para nosotros el mismo dolor, puesto que no le veremos más. Pues bien: mi madre está acostumbra á hacer años á esa idea y resignada á su modo. Si le vuelvé á ver, si él le dice sobre todo buenas palabras como á usted, llorará de alegría; pero, después, cuando suceda lo que deba suceder, llorará sangre y estoy seguro de que morirá. Preparada como está, sufrirá menos. Dejémosla tranquila.

—Creo que José tiene razón, dijo Balvet; hay que cuidar á Berta y evitarle las emociones. Si realmente Jacobo debe morir, es preferible que no le haya visto, al menos de cerca, y sobre todo convertido en bueno. Le querría aún más, si es posible, y después sería horroroso...

—Esa es también mi opinión, afirmó Garnache; no le diré nada. Y aun así estoy bastante inquieto.

Berta no fué advertida y continuó en su puesto de observación contemplando á Jacobo, sin sospechar que le era permitido acercarse á él.

Con frecuencia el ver al joven la llenaba de curiosidad y no comprendía sus acciones. ¿En qué pensaba? Así, cuando retrocedía en la pradera, tenía la vista fija durante largo rato en una ventana, la más alta, al lado del tejado.

Berta levantaba los ojos y examinaba á su vez el sitio, sin descubrir nada que mereciese tanta atención.

Otras veces el joven iba y venía, con las manos en la espalda, delante de la fachada principal; se detenía cada vez que pasaba por la escalinata y parecía que contaba los escalones con la cabeza baja.

Berta no sabía que fué en aquel sitio donde el conspirador bonapartista cayó con la frente agujereada por una bala; si lo hubiera sabido, hubiera comprendido.

Otros días y á otras horas, el pobre vizconde se sentaba en un banco de madera al lado de un castaño gigantesco, y allí, bajo la bóveda de la arboleda, permanecía con los ojos cerrados. Berta le distinguía apenas, más bien le adivinaba; y para no turbar lo que ella creía sueño, la infeliz mujer, aunque estaba muy lejos, retenía el aliento y le mecía mentalmente.

Aquel amor maternal, al que nunca se había permitido una libre expresión y que había sido desnaturalizado desde el principio, se convertía á la larga en una temerosa idolatría. A fuerza de desempeñar ante aquel falso vizconde papeles de sirvienta, había contraído una indestructible humildad y una habitual sumisión.

Y, ciertamente, si por un milagro se le hubiera devuelto aquel hijo con todas las pruebas de su verdadero origen y reconociendo él mismo que aquella era su madre, Berta no hubiera podido hablarle de otro modo que como una esclava.

Era ella, sin embargo, la que le había puesto donde estaba; pero las circunstancias le habían levantado todavía y el joven se perdía en unas cimas de gloria.

Algunas veces, en un corto instante de lucidez, se comparaba con él: ella, mujer de los bosques, casi salvaje y con un aspecto impropio todavía de la mujer de un guarda, á pesar de haberse criado en un castillo para servir los monótonos caprichos de una noble dichosa.

Y él—su mirada aumentaba de intensidad—un hombre robusto, elegante, refinado, con el bigote largo, como Juan (Juan, qué recuerdo...). Y en seguida, se decía para sus adentros que era una suerte que

el amo y el guarda, hijos de la misma tierra, hubieran tenido entre sí grandes puntos de semejanza.

Después pensaba que siendo ella vieja, fea y repugnante, valía más que Jacobo no pudiese verla, puesto que ella le veía.

Pero al día siguiente del encuentro de Jacobo y el guarda en el bosque, le pareció que varias veces el joven levantaba la cabeza hacia ella y detenía la vista en su escondite, como si esperase ó viese algo.

Berta se escondió y se aplastó un poco más, temblando haber sido sorprendida... Después, el joven dejó de mirar.

Al otro lado del valle, en la vertiente Oeste y en medio de la espesa arboleda, también acechaba Arabela.

Por rebeldía, por espíritu de oposición, hacía profesión de amar á Jacobo. El día en que acabó de ver que cada uno de sus pasos era medido y que un ojo la seguía detrás de cada mata; que el más palurdo de los campesinos, cómplice de sus enemigos naturales, entornaba los ojos á su paso y la observaba mientras era visible; cuando comprendió que todo el país se declaraba contra ella y se aliaba con Piscop y con Grivoize; cuando vió que estaba sola y abandonada, hasta por sus padres, que querían vivir bien, Arabela aceptó la lucha y emprendió la batalla.

Las escaramuzas no cesaron ya entre ella y Gervasio, y como él no estaba en el castillo más que á las horas de comer, á esas era sobre todo cuando se empeñaba la acción, especialmente por la noche que era cuando había tiempo.

¿Pero en qué emplear el día tan largo y vacío? Arabela vigilaba el camino desde el terrado, como Jacobo cuando era niño, siempre con la esperanza de ver pasar á aquel que ahora le complacía llevar en su corazón, únicamente por odio á otro más cercano.

Durante tres meses aquella esperanza no se realizó. Arabela se admiró al ver que Jacobo no la buscaba. ¿La habría olvidado? No, el joven no poseía ese temple de carácter. Huía de ella más bien porque la temía, por no sufrir al ver á aquella mujer que era de otro.

Ante esta idea se encogía de hombros; su moral fácil no hubiera retrocedido ante ciertos acomodamientos. Era la mujer de un Piscop porque éste era muy rico, aunque ella no lo había notado hasta entonces; pero esto no era una razón para no ser amada por un caballero sin fortuna y distinguido por sí mismo, papel honroso para ella.

No sospechaba el estado de eterno extravío ni la monomanía creciente en que vivía su antiguo enamorado.

Ella misma, con todas sus seducciones y todo su encanto, si se hubiera ofrecido estando libre y con un completo olvido del pasado, hubiera sido, sin duda, impotente para retener aquella alma que quería escaparse; aquella alma penetrada por el contagio de la muerte voluntaria, latente en los muros de Reteuil, y que agitaba las alas en su cráneo demasiado estrecho como un pájaro en su jaula.

Si Bella hubiera corrido hacia él con los brazos abiertos, ella, la amada de los quince años, Jacobo la hubiera rechazado exclamando: ¡Es tarde!, y hubiera vuelto á su sueño que ya no acababa.

Pero ella ignoraba esto y creía que continuaba siendo soberana y que él no se atrevía.

No le costó trabajo á Piscop adivinar la causa de aquellas esperas prolongadas; y se reía de ellas, ahora que sus espías le habían enterado. Era sabido que el vizconde de Valroy no salía de sus muros ni quería ser visto. La señora de Piscop podía, pues, esperarle cuanto quisiera; él no tenía más que divertirse con ella, y esto era lo que hacía.

Todas las tardes reanudaba la misma guasa en el punto en que la había dejado la víspera, y preguntaba con solicitud si había pasado bien la tarde y si el punto de vista del terreno seguía siendo tan encantador... Después le decía:

—¿A quién has visto pasar por el camino? ¿Al cura? ¿Al notario? ¿Tampoco?.. Entonces has visto al cartero... ¡Bah! No dirás que te faltan distracciones.

Arabela se indignaba y palidecía de cólera al oírle, y su delicada mano se crispaba en el mango de un cuchillo de plata. Él lo veía y gozaba extraordinariamente.

Ante el desdén de su mujer hubiera desistido sin duda; pero Bella vibraba y era demasiado violenta para disimular.

Soñaba con la venganza y hasta con la fuga... ¿Pero dónde y con qué dinero? Sus padres la acogieran acaso, pero sería con el único objeto de traérsela sumisa y arrepentida al soberbio esposo que la reclamaría. No había que esperar ayuda por ese lado.

(Se continuará.)

## TAPICES DE KAIRUÁN (TÚNEZ)

La reputación de los tapices de Kairuán es universal y se debe principalmente á la armonía de sus dibujos y á la firmeza de sus colores.

Kairuán es la ciudad santa en donde los tapices se tejen y son entregados al comercio; pero el europeo que la visitara buscaría en vano los talleres en donde esos maravillosos productos se fabrican, pues en realidad no los hay. En cambio, si puede visitar algunas viviendas indígenas, es casi seguro que en cada una de ellas encontrará, ya sea en el patio interior, ya en una estancia de aspecto miserable cuyo suelo desigual cubre una estera más ó menos estropeada, el famoso telar, esencialmente primitivo, en el cual el ama de la casa teje, en sus ratos de ocio, el tan renombrado tapiz.

¡Oh, ese telar! Es todo un poema de rusticidad y de sencillez: dos pies derechos, mal encuadrados y á veces torcidos, se alzan verticalmente y sus extremos se introducen en sendos orificios practicados en el suelo y en la pared de manera que los sostengan en posición inclinada; esos pies derechos sostienen, á su vez, los dos enjulos, es decir, un travesaño superior en el que está enrollada la urdimbre y otro inferior, á unos decímetros del suelo, en el cual se enrollará el tapiz á medida que se confeccione.

Los útiles, pocos en número, están tirados en el

cambiaba de residencia, el telar, plegado y cargado á lomos de un burro entre los más extravagantes objetos, seguía la larga caravana de camellos que llevaban las tiendas y los utensilios de toda la colonia. Al llegar ésta al nuevo campamento, el telar era desdoblado y reinstalado y la obrera reanudaba la confec-

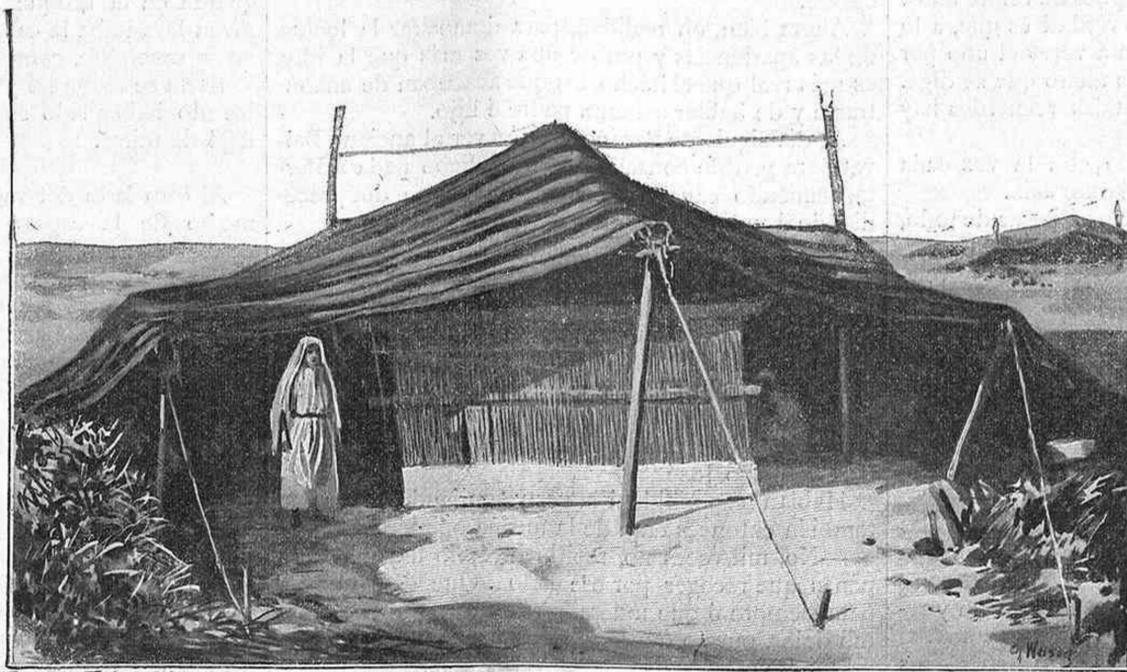


Fig. 1. - Telar instalado en una tienda de nómadas

ción del tapiz, interrumpida durante el viaje.

La lana que se emplea para esa fabricación es dura al tacto y muy resistente al desgaste y se tiñe por los procedimientos antiguos; como está prohibido usar los colores de anilina por ser demasiado fugaces, la gama de colores es limitada y comprende el amarillo, el azul, el verde, el encarnado y el pardo, más ó menos claros ú oscuros, y el negro. El blanco se utiliza muy pocas veces.

El tapicero está sentado en el suelo al modo oriental (fig. 2), con las piernas cruzadas, delante del telar en que la urdimbre está fijada en los enjulos, y anuda á los hilos de ésta cabos de lana del color escogido, dejando en los extremos libres un espacio de unos 25 milímetros. De esta manera coloca varias hileras horizontales de cabos de lana, separándolos por medio de una hilada de cabos de lana neutra y cruzando la urdimbre á cada hilada; después, con el peine de largas púas, aprieta los puntos puestos y regulariza su horizontalidad, y finalmente, con el calibre y las tijeras, tunde los cabos flotantes á la altura conveniente, lo que le permite juzgar de la regularidad del dibujo y del efecto obtenido. A medida que adelanta la confección del tapiz, el tapicero lo va enrollando en el enjulo inferior de modo que «el campo de trabajo» se mantenga siempre á la misma altura. El procedimiento es sencillo y es igual en todas las casas y para todos los talleres; el árabe lo ha heredado de su padre y lo transmitirá á sus hijos sin modificarlo.

El tapicero trabaja sin modelo; tiene el dibujo «en los ojos y en la mano» y hace siempre el mismo tapiz ó repite siempre los mismos temas. Las vacilaciones que se descubren en su trabajo, las combinaciones á veces chillonas de los colores demuestran el sentimiento á menudo rudimentario que tiene del dibujo de las formas que representa y su dudoso gusto de la armonía de los colores.

La industria de los tapices es una industria familiar y por esto han dado escasos resultados los esfuerzos hechos para rehabilitarla. Hace algunos años, vimos en Túnez á varios niños trabajando en el telar bajo la dirección de un excelente contramaestre indígena, que sabían sacar los puntos dibujados en una tira, con lo cual se enmendaba el trazado algo descuidado del dibujo, se educaba la vista y se corregía el sentimiento del colorido; pero ese taller ya no existe y la industria del tapiz no ha salido de la vivienda del árabe.

Más de 450 familias kairuanesas fabrican tapices, estimándose en 250.000 francos su producción anual. Esos tapices son los que llevan los nombres de zerbias, merghumes, ketifas y klimes; estos últimos son los más conocidos y sirven para cortinajes. Fabricanse asimismo tapices en todo el Sur tunecino, en los oasis del Djeriel, en el Arad y en el territorio de los Trogloditas. Los del Sahel y del Arad son, á veces, tan bellos como los de Kairuán.—G. CHERTOUS.

## UNA ESTACIÓN BIOLÓGICA DINAMARQUESA

EN GROELANDIA

Pronto comenzarán los trabajos para la instalación de una estación científica dinamarquesa en las regiones polares. La organización de la misma ha sido confiada al profesor Morten T. Possild, de Copenhague, quien, después de la inauguración, continuará al frente de ella como director.

El Sr. A. Holck, consejero de Justicia, ha hecho á esa obra científica un donativo importante que asegura su vitalidad y además el gobierno de Dinamarca ha prometido una subvención anual de diez mil coronas, que son unas 14.000 pesetas.

Esa estación, que empezará á funcionar desde el verano próximo, tendrá por objeto el estudio de todos los problemas científicos relativos á las regiones árticas, las investigaciones biológicas, etnológicas, etc., para lo cual se hallará admirablemente

situada en la isla de Disco, en las posesiones dinamarquesas de Groelandia, y estará en relaciones con los diferentes museos y laboratorios de Europa y de América que quieran pedirle envíos de cualesquiera ejemplares.

La instalación se llevará á cabo de una manera perfecta, contará con todo el instrumental necesario y en ella no faltará nada para que los sabios puedan dedicarse á un trabajo serio. Habrá allí un vasto laboratorio con los aparatos más recientes, especialmente dispuesto para las investigaciones biológicas, y salas de trabajo dotadas de todas las comodidades para los profesores y sabios adscritos al estableci-

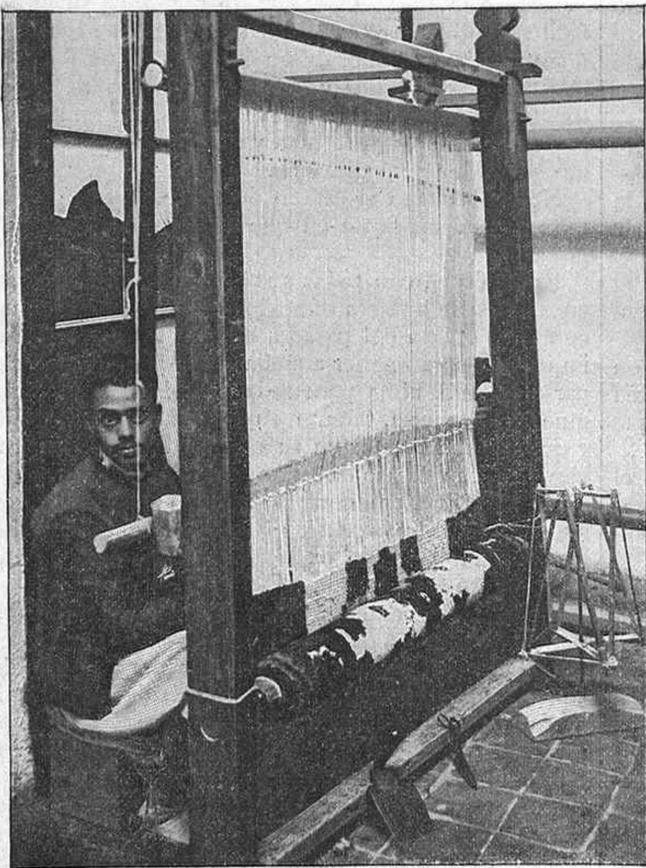


Fig. 2. - Telar tunecino

suelo y consisten en un peine de hierro de largas púas y mango encorvado que sirve para apretar la lana fijada en la trama, y en unas tijeras de hojas anchas y algo curvas y de extraña longitud; uno y otras evocan por su forma las herramientas arcaicas que figuran en las colecciones de nuestros museos industriales. Completan el instrumental un calibre, pieza de madera dura y reluciente que permite tundir las lanas á la medida que se quiere y de una manera uniforme, y varias devanaderas primitivas y cestas en donde hay madejas de lana de varios colores, generalmente oscuros.

Sentada delante del telar, la madre trabaja ayudada por sus hijas, que le preparan los cabos de lana y aprenden así poco á poco todos los secretos del trabajo. Casi todos los árabes del Sur tunecino fabrican tapices y hasta hemos visto telares instalados en tiendas de familias nómadas (fig. 1); cuando la tribu



Fig. 3. - Tipo de tapiz tunecino

miento, así como para sus colegas, dinamarqueses ó extranjeros, que vayan á visitarles durante algunos meses y á trabajar con ellos.

La biblioteca de la estación estará abundantemente

provista y se compondrá de las principales obras que han tratado hasta el presente de todas las cuestiones científicas relativas á las regiones polares.

Los hombres de ciencia que visiten aquel establecimiento podrán utilizar el laboratorio, tendrán á su disposición la biblioteca y además dispondrán de los trajes necesarios para las excursiones. Asimismo hallarán en él alojamiento gratuito en habitaciones que los organizadores procurarán sean lo más cómodas posible, no teniendo que satisfacer más que la manutención durante su permanencia en la isla de Disco.

Los organizadores creen que podrán recibir á los primeros directores en 1907. El establecimiento funcionará á partir de agosto ó septiembre del presente año, pero en esa época no podrá albergar más que al profesor Morten Possild, al subdirector y al personal subalterno.

La isla de Disco está situada en el mar de Baffin, en la costa occidental de Groelandia, al Noroeste de la bahía de su nombre. La localidad principal de esa isla dinamarquesa es Godhavn, puerto frecuentado

por los pescadores de ballenas que sólo cuenta 213 habitantes.

Desde la estación biológica se enviarán á todas partes noticias y avisos relativos á los estudios cientí-

por cuenta de unos comerciantes catalanes de Buenos Aires, habiendo pagado por él 10.000 francos. Según parece, se le destina á la remonta de artillería de la República Argentina.



BARCELONA. - EJEMPLAR NOTABLE DE GARAÑÓN EMBARCADO RECIENTEMENTE EN ESTE PUERTO CON DESTINO Á BUENOS AIRES. (De fotografía de A. Merletti.)

ficos que allí se practiquen; y entre Copenhague y la isla de Disco se organizarán servicios especiales de vapores á precios económicos para los sabios que quieran acudir á aquel establecimiento.

WILL DARVILLÉ.

UN GARAÑÓN NOTABLE

Hace pocos días fué embarcado en este puerto, en el vapor francés *Mont-Ventoux* y con destino á Buenos Aires, el garañón que la adjunta fotografía reproduce.

Es un ejemplar notabilísimo que ha sido la admiración de las muchísimas personas que lo han visto mientras ha permanecido en esta capital. Su abundante pelo en forma de melenas lo cubre enteramente y llega hasta el suelo.

Tiene tres años, es oriundo del Poitou y ha obtenido un primer premio en un concurso de ganado.

Pertenecía al Sr. San Martín, que lo adquirió

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

**INFLUENZA** **RACHITIS**  
**ANEMIA** **CLOROSIS**

**VINO AROUD**

CARNE - QUINA - HIERRO

El más poderoso Regenerador.

FRASCO, 5 fr. en París

**PUREZA DEL CUTIS**

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

**LA LECHE ANTEFÉLICA**

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS, PREGOCES, EFLORESCENCIAS, ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

GANDES et Co. St-Denis, 10

**BOYVEAU-ROB**

BOYVEAU-LAFFECTEUR

CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL

cura las ENFERMEDADES DE LA PIEL

Vicios de la Sangre, Herpès, etc.

EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO.

Vendese en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, SUCESOR DE BOYVEAU-LAFFECTEUR, Calle Richelieu, 102, PARIS, y en todas Farmacias.

65 AÑOS DE ÉXITO

FUERA de CONCURSO PARIS 1900

GRAN PREMIO, Saint-Louis 1904

Alcohol de Menta de

**RICQLES**

(EL ÚNICO VERDADERO ALCOHOL de MENTA)

CALMA la SED, SANEA el AGUA

Contra el VÓMITO, Dolor de CABEZA, INDIGESTION

**COLERINA**

AGUA de TOCADOR y DENTÍFRICO exquisito

PRESERVATIVO contra las EPIDEMIAS

Pedir el RICQLES

De venta en las PERFUMERIAS, FARMACIAS y DROGUERIAS.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Curadas por el Verdadero

Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

**Dentición**

**JARABE DE LA BARRE**

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXIJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOUBE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

REMEDIO DE ABISINIA

**EXIBARD**

SOBERANO CONTRA

GATARRO - ASMA - OPRESIÓN

30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.

Todas Farmacias.

**PATE ÉPILATOIRE DUSSER**

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE, DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.**



Munich.—Fiestas del 15.º concurso de tiro federal alemán. La cabalgata histórica; el carro de la diosa de la Felicidad  
(De fotografía remitida por Hutin, Trampus y C.ª)

La capital de Baviera ha celebrado con grandes festejos el décimoquinto concurso de tiro federal alemán, al cual han concurrido tiradores, no sólo del reino bávaro y de los demás Estados de Alemania, sino también de Austria, Suiza, Francia, Italia, Bélgica, Rusia y América. El emperador de Austria autorizó á la charanga militar del famoso regimiento del «Gran maestre teutónico» para que acompañara á los tiradores austriacos.

Munich se vistió de gala para recibir á sus huéspedes, y en el adorno de sus calles y plazas principales han tomado parte los más ilustres artistas munienses, que transformaron muchas de ellas en verdaderos cuadros arquitectónicos, inspirados en el antiguo estilo bávaro.

La cabalgata histórica con que se inauguraron las fiestas se efectuó en la mañana del domingo, 15 de julio, y fué un espectáculo pintoresco en extremo y hermoso desde el punto de vista artístico. La comitiva, al pasar por delante del palacio real, saludó con entusiastas aclamaciones al príncipe regente Leopoldo, alto protector de la fiesta, que presenciaba el acto desde uno de los balcones de la regia residencia, y desde allí se encaminó á la Casa Consistorial, depositando en manos del burgomaestre la bandera de la Federación.

En el banquete que aquel mismo día se celebró, el príncipe heredero Luis, á quien el príncipe regente había confiado la presidencia, pronunció un discurso de tonos patrióticos que ha sido objeto de grandes comentarios, así por los consejos que dió á los austriacos alemanes respecto de las luchas que han de sostener con las otras nacionalidades que constituyen el imperio austro-húngaro, como por las advertencias que dirigió á los alemanes del Imperio tocantes al deber difícil de conciliar entre sí los intereses de los diversos Estados particulares.

Después del banquete, el príncipe regente inauguró el concurso de tiro haciendo el primer disparo.

Las  
Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
DE PARIS

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE  
LOS VERDADEROS Y EFICACES  
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA  
COLORES PÁLIDOS  
EMPOBRECIMIENTO  
de la SANGRE  
Escrófulas, etc.

**PILULES**  
de **BLANCARD**  
al IODURO de HIERRO  
INALTERABLE

APROBADAS  
por la  
Academia  
de  
MEDICINA

DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C<sup>ia</sup>, 40, R. Bonaparte, París.

**PECHO IDEAL**  
Desarrollo - Belleza - Dureza  
de los PECHOS en dos meses con  
las **Pildoras Orientales**,  
únicas que producen en la mujer  
una graciosa robustez del busto,  
sin perjudicar la salud ni engruesar  
la cintura. Aprobadas por las  
celebridades médicas. Fama uni-  
versal. J. RATIÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Ver-  
deau, PARIS. El frasco, con instrucciones, por  
correo, 8'50 pesetas. Depósito en Madrid, Far-  
macia de F. Gayoso, Arenal, 2; En Barcelona,  
Farmacia Moderna, Hospital, 2.

**AVISO Á  
LAS SEÑORAS**  
**EL ANIOL** DE LOS  
**JORET-HOMOLLE**  
CURA  
**LOS DOLORES, RETARDOS,  
SUPPRESSIONES DE LOS  
MENSTRUOS**  
F<sup>ia</sup> G. SÉGUIN - PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos**, de los **Reumatismos, Dolores, Lumbagos**, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.  
**Exigir la Firma WLINSI.**  
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

**AGUA LÉCHELLE** Se receta contra los **Flujos**, la **Glorosis**, la **Anemia**, el **Apocamiento**, y las **Enfermedades del pecho** y de los **Intestinos**, los **Espustos de sangre**, los **Catarros**, la **Disenteria**, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.  
**HEMOSTÁTICA**  
**PARIS, Rue Saint-Honoré, 165.** - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.